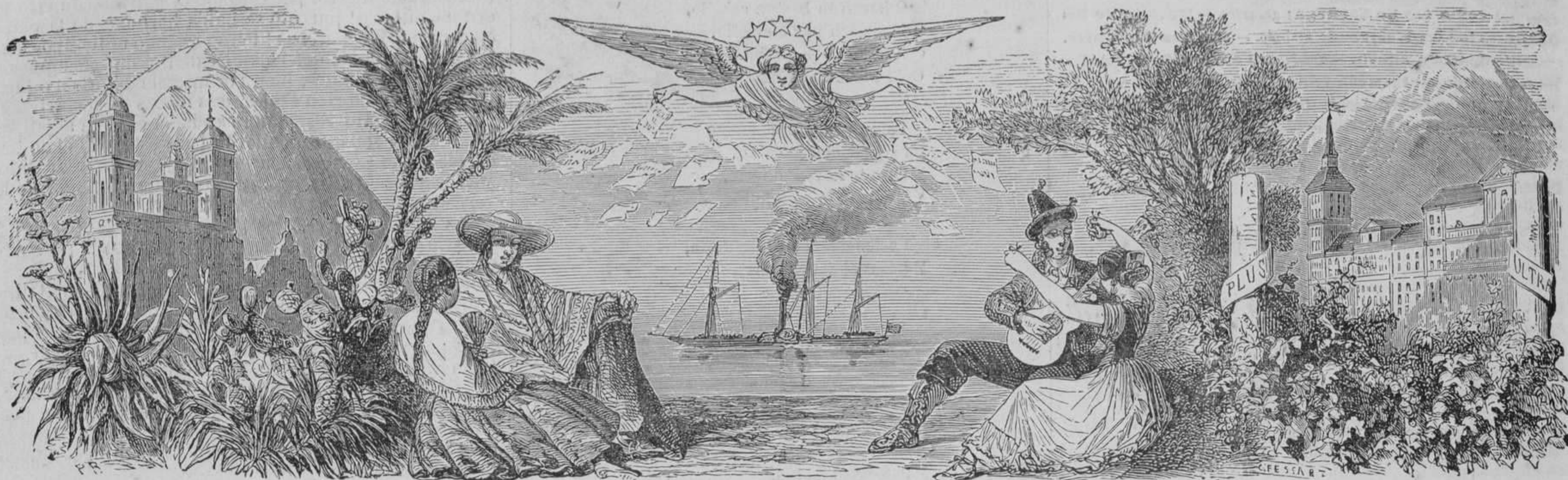


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 13. — N° 401.



VIAJE DE SS. MM. — RECEPCION DE LA DIPUTACION DE LAS JÓVENES BRESANAS POR EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ A SU PASO POR MACON, EL 24 DE AGOSTO.

SUMARIO.

Recepcion de la diputacion de las jóvenes bresanas por el emperador y la emperatriz á su paso por Macon; grabado. — Revista española. — Coronacion del rey de Suecia como rey de Noruega; grabados. — Revista de los voluntarios en Holyrood; grabado. — Revista de Paris. — Quiromancia nueva. — Viaje del emperador; grabados. — A Felicitas. — La noche de la boda. — Lo que es poesía. — Nuevas operaciones de Garibaldi; grabados. — Tradiciones de América. — La fabricacion de sombreros de paja en la Selva Negra; grabados.

Revista Española.

La paciencia. — Falta de asuntos. — Chismecillos de familia. — Esperanzas teatrales. — El caballo de la Plaza. — Afán de fuentes. — Los caballos en la moneda. — Llegada de los embajadores moros. — Literatura popular, ó sea muestras, carteles y prospectos. — Y va de cuentos. — Ferias en Alcalá y el Escorial. — Viaje de la reina. — Mas versos.

VIRTUDES SOCIALES.

Leccion sétima.

LA PACIENCIA.

Gran virtud es la paciencia
Y en el mundo gran consuelo
Desde el dia en que salimos
Del depósito materno.

Dígalo el mísero infante
Con sus débiles lamentos,
Viva imágen de las momias
Entre pañales envuelto.

¡Qué paciencia necesita
Al sufrir tanto meneo,
Tanto insoportable grito
Y tanto asqueroso beso!

¡Qué paciencia cuando aguanta
En la escuela á los maestros,
Que quieren tal vez que aprenda
Lo que ellos nunca supieron.

Paciencia, niño; mas cuida
De ir las gastando con tiento;
No se te acabe el acopio
Antes de llegar á viejo.

No hay nada tan necesario,
Como ya irás conociendo;
Sin ella, nadie en el mundo
Puede vivir ni un momento.

Paciencia, si una mañana
Vas por la calle corriendo,
Y se cuelga de tu brazo
Un amigo majadero;

Y te da noticias frescas
De la atmósfera y del tiempo,
De si hizo el oso á Fulana,
O se muda el ministerio.

Paciencia, si pasas años
Con un miserable sueldo,
Y ves á cien mil petates
Subir á encumbrados puestos.

Paciencia, si cuando estudias
Interrumpen el silencio
Los coches, las vendedoras
Y los trinos de los ciegos.

Y te aturden por el patio
Las criadas con sus ecos,
Volviéndote un par de coces
Si las engañas por ello.

Paciencia, si por la acera
Van cuatro sepultureros
Que te dan en los hocicos
Con el estuche de un muerto.

Paciencia, si de visita
Se meten en tu aposento
Un amigo con su esposa,
La criada y tres chicuelos,

Y has de alabar sus tontunas,
De los papás embeleso,
Y decir que están robustos,
Y besar á todos ellos.

Paciencia, si el mas remono
Vierte en la alfombra un tintero,
Y el otro llora y patea
Porque rueda de su asiento.

O hacen tu baston caballo,
O le parten por enmedio,
O dan honores de silla
O de *clac* á tu sombrero.

Paciencia, si eres amigo
De seguir al bello sexo,
Y ellas te llevan al trote,
Y encuentras cien mil tropiezos.

Paciencia, si eres hermosa,
Y pasas el dia entero
Escuchando las simplezas
De elegantes rapazuelos.

Y te siguen á los bailes,
Al teatro, á los conciertos,
Y algun dia en los garbanzos
Hallarás dos ó tres necios.

Paciencia, si hablar pensabas
A tu amor en el paseo,
Y la ves; oh desventura!
Asida al brazo paterno.

Paciencia, si das en cama
Porque te sientes enfermo,
Y te cura unas viruelas
Como tercianas el médico.

Paciencia, si hallar pensabas
El camino de los cielos,
Y derecho te soplas
En las tinas del infierno.

Paciencia, si mis *Virtudes*
Léiste verso tras verso,
Y al acabarlas conoces
Que no dicen nada nuevo.

Y paciencia yo, y no poca,
Si oigo ponerlas defectos
A quien habla en lengua humana
Por bondad del Ser Supremo.

Hé aquí pues terminado el curso de VIRTUDES SOCIALES, que ofrecí á Vds., queridos lectores; y como práctica, ya que la última leccion trata de la paciencia, les ruego que lean mi presente revista, con lo que tendrán ocasion de ejercitar la suya.

¡Mi revista! ¡qué fatal es el verano para revistas! aun la vista sin re — sufre con el reflejo del sol, que no contento con dar calor, da tambien demasiada luz á los ojos iluminándolos á *giorno*, como ahora se dice. Sin embargo, de chismecillos de familia aun pudiera hablarse un rato; pero á quien vive mas allá de los mares, ¿cómo han de interesarle ciertas menudencias, por mas que á nosotros nos importen y nos diviertan? Al que no piensa pasar las noches corriendo desde el Teatro Real al del Principe, y de este á la Zarzuela y al Circo, ¿qué le interesan las compañías que se formen para cada uno de estos escenarios? Muchos de mis lectores, si yo anuncio que la compañía de ópera que va á funcionar en el primero, ha de ser *di primo cartello*, según cuentan, se encogerán de hombros diciendo: «me alegro que Vds. se diviertan,» y si les digo que nos ofrecen óperas nunca puestas en escena en España, seguirán dando muestras de la misma indiferencia. ¿A qué pues repetir lo que todos los dias hablan los periódicos? Que en el Principe se está ya ensayando, y que reina allí gran esperanza de atraer gente; que en el Circo habrá compañía de zarzuela en competencia con la que dirige en la calle de Jovellanos el señor Salas, y que respecto de los demás teatros se sabe que nadie sabe una palabra.

Tan poca importancia tienen fuera de casa todos los demás asuntos como este; reduciéndose la mayor parte á caprichos de gacetilleros, que por mas excéntricos y estrambóticos que sean, van poco á poco *creando atmósfera*, como ellos dicen, y preparando la opinion para llevarlos á cabo. Vaya de ejemplo. En la Casa de Campo, magnífica posesion de la reina á orillas del Manzanares, lucíase medio oculta por los árboles la estatua ecuestre del rey Felipe III hecha por Juan de Bolognia en Florencia por los años de 1616, y colocada en aquel sitio hace dos siglos.

Llamábanla entonces magnífica, bellísima y otra porcion de cosas los gacetilleros, lamentándose cada dia de que solo pudieran verla las lavanderas, y aun esas no muy á gusto, y todas las calles y plazas de la Villa parecían á propósito para honrarse con el artístico bronce.

Desempedrada la plaza Mayor para las corridas de toros celebradas en las fiestas reales con motivo del casamiento de la reina y su hermana la infanta Doña Luisa Fernanda, ofreciase propicia ocasion al arreglar

aquel recinto para albergar en su centro al ecuestre monarca. Cedióle la reina, á quien pertenecía, y el ayuntamiento le hizo colocar sobre un pedestal no muy bello, adornado con inscripcion y bajo-relieves que tampoco tienen nada de notable, cerrándolo con una verja de hierro. ¡Cuánto habia ganado con esto el ornato público! ¡cuánto se habia hermoseado la plaza en concepto de la prensa! Pero andando el tiempo, empezaron á notarse defectos al caballo, defectos que no se habian visto antes, bien por mirarle de prisa, ó bien porque le encubrian las espesas ramas de los árboles. Como los gacetilleros siempre andan á caza de adjetivos científicos y sonantes, hallaron para este caso el de *hidrópico*, que además tiene la ventaja de ser esdrújulo, y aplicáronsele al jaco de bronce, que en honor de la verdad es bastante gordo de barriga.

Hoy tenemos en casa las aguas del Lozoya. ¡Qué gusto! ¡En verano el agua parece tan hermosa! ¡El surtidor de la Puerta del Sol refresca tanto la atmósfera! ¡alegra de tal modo la vista aquel penacho cristalino que desciende en líquidas perlas! ¡Por qué razon no hemos de poner fuentes como aquella en todas las plazas? ¡Ah! ¡feliz idea! la Mayor está afeada por el caballo hidrópico, coloquemos en su lugar un surtidor, y váyase el señor Don Felipe III á la Fuente Castellana, que si allí no hace buen efecto, como es probable, porque cuando se construyó aquella en lo que menos se pensó fué en semejante mueble, ya pediremos que le lleven á otra parte.

El discurrir así convence á cualquiera, y por eso es muy posible que la efigie del pio monarca tenga que marcharse con la música á otra parte. Verdad es que los caballos no se han hecho para estarse quietos, sino para correr.

Esto me recuerda un cuento que viene aquí como de molde. «Compadre, decia un zapatero de viejo á otro del mismo oficio, enseñándole una pieza de cinco francos, ¿sabe Vd. que van á hacer una reforma en esta moneda? — ¿Cuál es, señor Pepe? contestaba el otro. — Que en vez de la fisonomía de la cara del emperador, van á poner el retrato de su persona entera montada á caballo. — Pues, compadre, maldita la gracia que me hace la reforma, porque si estando á pié los napoleones cuestan tanto trabajo ganarlos, en estando á caballo no va á haber cristiano que alcance uno.»

Pero lo que mas llama ahora la atencion en Madrid, lo que ha venido á dar asunto á conversaciones y materia á los aficionados á discutir, es la llegada de los embajadores marroquíes, que se pasean gravemente por nuestras calles visitando lo mas notable de la corte, hasta que la reina vuelva de la Granja y se verifique la solemne recepcion en Palacio. A los enviados del sultan, con cuyas tropas han peleado las nuestras, hácese en todas partes los honores de ordenanza, y al mismo tiempo se les agasaja cortésmente por las autoridades y los particulares.

Valencia y Aranjuez los han visto detenerse á contemplar en aquella ciudad los fértiles campos que la cercan, y en este real Sitio los poéticos jardines, las vistosas fuentes y las espesas y altas alamedas. En Madrid se les ha dado por alojamiento el palacio de Buena Vista, donde está situado el ministerio de la Guerra. La armería de la reina, las caballerizas reales y algunos cuarteles han sido visitados por los embajadores, asistiendo tambien al Circo de caballos y á las funciones de prestidigitacion de Herrmann, únicos espectáculos que existen en la Coronada Villa. La gente se agolpa á su paso por las calles, contemplando con curiosidad sus extraños trajes y su grave aspecto.

Dícese que la recepcion oficial se verificará en palacio á principios de setiembre con extraordinaria pompa, continuándose hasta entonces festejando á los embajadores. Estos son personajes distinguidos, figurando entre ellos el general de la caballería que asistió á las conferencias que precedieron á la paz, y que habla correctamente el castellano.

Y por cierto que al correr estos dias por las calles para ver á los moros, se me han ocurrido unas cuantas reflexiones sobre la literatura popular, que voy á comunicar á mis lectores, advirtiéndoles que yo llamo literatura popular á las *muestras de las tiendas, las canciones de ciegos, los carteles y los prospectos*. ¡Pues vaya una literatura! exclamarán algunos al ver esto. Sí, señores, digo yo; literatura popular es todo lo que se escribe exclusivamente para solaz del pueblo, y por eso no todo lo que se ve y se oye por las calles es literatura popular. A buen seguro que Verdi al escribir aquello de *la donna è mobile*, en lo que menos pensaba es en que lo habian de cantar los chiquillos de Madrid. Resulta pues muy robado, si no para Vds., para mí, que la literatura popular la componen los géneros arriba indicados. ¡Y qué imágenes! ¡qué pensamientos! ¡qué lozanía de ingenio hay en todos ellos! Váyanse Vds. por cualquier calle, y lean las inscripciones que en letras gordas ó flacas, doradas ó de colores, góticas ó romanas, se ostentan sobre las inmensurables portadas que sirven de gaban á las esquinas, y verán cómo ni á los mismísimos Lepe y Lepijo, que según se dice, han sido los hombres mas sabios del mundo desde Adán hasta nuestros dias, se les pudieran ocurrir mayores bellezas. Y no solo en las tiendas modestas; no, señores, tambien en letras doradas hay estupendas necedades. Paso por alto los tablones que en caracteres de á vara contienen solo un apellido como Sanchez, Perez ó Lopez, ó el apellido y un número repetido diciendo: 19 — Perez — 19; con lo cual si la tienda está cerrada, nos quedamos muy enterados de lo que se vende en ella, mucho mas si sucede lo que á cierto individuo

que por llamarse Juan Nieves puso en su muestra: *Comercio de nieves*, y era una carbonería.

Pero lo que no puedo pasar en silencio son las tiendas que tienen título. ¡Qué hermosa idea es llamar á una *Comercio del Turco*, á otra *Ropería de la estrella*, y á otra *Despacho de géneros ultramarinos*, vendiéndose en ella aceite, garbanzos y aceitunas! Pues ¿qué diré de las que llevan el nombre de un santo? Ya el *Comercio de ropas hechas* (que de ropas sin hacer nunca los he visto) de *San Pablo*; ya la *Confitería de San Pascual* ó el *Horno de bollos de San Anton*; ya la *Posada de San Mateo*, nos hacen esperar ver un santo por dueño de estas casas, del mismo modo que las tiendas del Dragon ó del Elefante nos ponen en curiosidad de ver si son propiedad de estos animales.

Quédame la última clase de muestras, las mas de moda, las mas á la francesa, las que llevan un título caprichoso precedido de un ininteligible A ó AL. ¡Qué géneros tan elegantes nos promete aquello de *al Guante de oro*; á la *Camisa de nácar* ó á la *Bota de cristal*! Vayan Vds. á comprar allí, seguros de encontrar, mas caro ó mas barato, lo mismo que en otra parte, pero pudiendo decir que tal ó cual cosa es de *la Estrella de brillantes* ó de *la Hermosura de Madrid*.

Y como ya va oscureciendo, y no se ven bien los letreros, daremos una vuelta por las calles para oír las canciones de los ciegos, que por lo regular tienen ojos útiles. ¡Ay, lectores, cuánta poesía va á entrar en nuestros oídos! Veán Vds. acurrucado en aquella esquina un infeliz que al dulce son de una guitarra con dos ó tres cuerdas nada mas, lamenta en tono de gori-gori leyendas milagrosas anónimas de esas que se venden impresas en papel de estraza, con los renglones en columna cerrada, á manera de versos. Ganas da de morirse, si quiera por ir al purgatorio, al verle excitar á los devotos de las ánimas, que no parece sino que las eleva á la categoría de los santos. ¡Lo que puede el hambre aplicada al ingenio humano! Pocos pasos mas allá un corro de gente ocupa en la mayor modestia toda la acera. Allí se oye una voz aguardentosa, acompañada de una bandurria, que entrega á las auras de la noche multitud de jotas y seguidillas. De cuando en cuando todos los oyentes sueltan la carcajada, y hasta los postes fronteros se ponen colorados de vergüenza; no les sucede así á dos ó tres representantes de la autoridad, que formando parte del auditorio celebran como cada hijo de vecino los verdes chistes del trovador nocturno. Y esto no solo es por la noche, no; de dia tambien se encuentran iguales espectáculos por todas partes, sin contar con las baladas impresas que venden en cien esquinas, y con las *nueve mil setecientas* mujeres que por dos cuartos regala un ciego pregonando con gran gusto de criadas y chiquillos las faltas y los vicios peculiares de las Juanas, Teresas y Manuelas. Mucho mas pudiera decir acerca de este género, pero lo dejo para una extensa obra que estoy escribiendo sobre el mismo género, *ilustrada* con trozos selectos de poesías callejeras y de cajillas de fósforo, y paso á tratar de los carteles.

¡Cuán extremado lujo se va desplegando en ellos! Hace años que ninguna esquina se queja de sabañones, ¡tan arropadas están ellas llevando faldas sobre faldas, á imitación de las mujeres y las alcachofas! ¡Pobres de nuestros abuelos, que no conocieron mas que unos cartelitos de á cuartilla, y de ellos tanto se ufanaban llamándolos cartelones! ¡Qué dirían si mirasen hoy esas sábanas de tres ó cuatro pedazos con letras como adonquines rebosando ilustración y economía! ¡Apenas se harían cruces al ver los progresos de la litografía y del grabado ostentarse pegados en todas las esquinas con engrudo! Pues no digo nada si toparan con un gallego llevando un estandarte de lienzo con el anuncio de una novela de 407 entregas á peseta, y una escena terrorífica pintada en medio con colores pompeyanos, y mucho mas si el gallego conducía en vez del estandarte un farol de papel ó lienzo alumbrado interiormente por un par de velas de sebo ó media docena de candilejas puestas en grato columpio á compás del paso del portador.

Pero tú, lector, atiende á aquel chiquillo que con un mazo de papeles bajo el brazo va repartiéndolos generosamente. Toma uno y miralo: ¿qué es? ¿algún molino de chocolate á real libra hecho al estilo de Pekín? ¿algún prestamista que da dinero sin interés llevando solo el noventa por ciento para gastos de oficina? ¿alguna tienda que cede los géneros por la mitad de lo que han costado, y además un billete de la lotería? ¿alguna empresa literaria que por dos reales al mes regala á los suscritores diariamente un tomo en folio, un periódico con láminas y un almuerzo en la fonda que mas les acomode? No, señor; no es nada de eso: es el anuncio de la pérdida de una perrita inglesa vieja, tuerta del ojo izquierdo y un poquito coja; atiende al nombre de Clorinda, y se darán dos onzas de hallazgo al que la lleve á casa de sus inconsolables dueños.

No faltarán personas que al ver un corro de aguadores leyendo cualquier periódico creerán que estos forman tambien parte de la literatura popular. Pues se engañan. Estos no han sido escritos exclusivamente para leerse en la calle y en los portales; por consiguiente no pertenecen á la citada literatura, la cual en mi entender no se compone de mas géneros que los indicados, pudiendo solo añadir á ellos, ya los carros de anuncios, ya los papelillos que cercan el buzón de correos ofreciendo niñeras, casas para dormir solo ó con compañía, y escribientes que entienden de cuentas en todos idiomas y suplican que no los *rasquen* ni los *bo- ren*; ó ya los letreros de tiendas que sirven de suple-

mento á las muestras y avisan que allí se *asan asados*, ó se vende *pan de máquina* ó aceite, jabón, licores y otros comestibles.

Así la literatura popular sin regla ni traba crece lozana y proporciona alegres ratos con sus felices creaciones. Imponerle una censura seria quitarle su esplendor sin añadirle mérito, porque como ya saben Vds., aunque la mona se vista de seda... y entre los disparates del sabio ó los del ignorante, creo que es preferible sufrir los de este, porque á lo menos son disparates sin pretensiones de bellezas.

Y va de cuento, ya que de letreros públicos se trata: En la puerta de un despacho de trasportes habia un cartelón que en letras gordas anunciaba: diligencias para Zaragoza, Barcelona y viceversa. Viólo un chusco, y queriendo embromar al despachante, calóse el sombrero, púsose todo lo serio que pudo, y entrando en la tienda, dijo: «¿Me da Vd. un billete para viceversa?» Pero el administrador que no era rana contestó sin detenerse: «No lo hay, caballero, porque ayer mandamos el camino á Paris para componerlo.»

Este cuento de ida me recuerda otro de vuelta: Encontráronse dos amigos, uno de los cuales habia estado ausente mucho tiempo, y después de abrazarse con la mayor ternura: «¿Juanito mio, exclamó el uno, con qué ha venido Vd. en efecto?— Quia, no señor, respondió el otro, he venido en la diligencia.»

En la Granja prosiguen las cacerías, las expediciones campestres y todos los demás placeres que puede dar de sí aquel real Sitio. Pronto sus frondosas alemedas quedarán desiertas, pues la corte debe volverse á Madrid en los primeros dias del mes entrante.

En cambio Barcelona, las Baleares y las provincias Vascongadas se preparan á recibir á los reyes en la expedición que habrán de verificar durante setiembre. En todas las ciudades que han de ser visitadas hácese grandes preparativos y arréglanse festejos de todas clases que darán asunto á mi revista próxima.

En el Escorial hacen lo posible por divertirse las muchachas que de Madrid han pasado á buscar el fresco entre aquellas sombrías montañas tan queridas de Felipe II. El dia de san Lorenzo, patron del monasterio, hay feria, y como apéndice comidas en el campo y bailes al aire libre. Cuentan que este año se han divertido mucho, de lo que me alegro.

La feria de Alcalá ha estado muy concurrida. Era de ver el domingo 26 cómo en el ferro-carril se ensartaban coches y mas coches; y cómo á pesar de ello no se agotaba la concurrencia en la estación, quedándose á cada tren que salía mas gente que antes sin encontrar billete, después de haber andado poco menos que á cachetes para acercarse al despacho.

Y para acabar mi revista como empezó, allá van esos versucillos, que siento no me hayan salido mas alegres.

DOS DE MENOS.

I.

Larga fila de coches
Sigue al entierro;
Señores enlutados
Caminan dentro.
Su pena es poca;
Todos hablan y fuman;
Ninguno llora.

Parada por las calles
La gente admira
Del estuche del muerto
Las ricas cintas.
Y por elogio
Ese ha sido, repiten,
Pájaro gordo.

A esperar al difunto
Cantando salen
Tres piporros, dos curas
Y un estandarte.
Tales honores
El adios son, que el mundo
Da á sus doblones.

Pronto en letras doradas
Dirá su nicho
Que tuvo grandes cruces
Y fué ministro.
Pasa á la historia;
Hombre grande le llaman,
Mas nadie llora.

II.

Por allí un difunto
Llevan entre cuatro:
Dióle la parroquia
Su cajón prestado.

Todos por la acera
Huyen á su paso,
Por miedo los menos
Y los mas por asco.

Un perro tan solo
Le va acompañando,
Baja la cabeza
Y arrastrando el rabo.

Sin letras doradas
Y sin negro mármol
Le da estrecha fosa
Perpetuo descanso.

No escribe la historia
Su renombre vano;
Mas tiernos hijuelos
Le lloran en cambio.

¡Feliz quien muriendo
Mira su epitafio
Sobre tristes ojos
Escrito con llanto!

Madrid 31 de agosto de 1860.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Coronacion

DEL REY DE SUECIA COMO REY DE NORUEGA.

Drontheim 6 de agosto.

El rey de Suecia y de Noruega salió de Cristiania el 26 de julio para ir á coronarse á Drontheim. En tres dias recorrió los 490 kilómetros que separan esas dos ciudades.

El camino de Dovrefjeld que siguió S. M. es poco frecuentado por los viajeros. Sin embargo, el territorio que atraviesa es uno de los mas pintorescos del mundo. A partir de Eidsvold el camino pasa á la orilla del lago Miesen, que por sus dimensiones y la diversidad de sus puntos de vista recuerda el lago de Como. La via cortada aquí en la peña y llegando mas allá á la cresta de las montañas, sigue las sinuosidades del Langen y luego del Otta; la corriente de estos rios mansa unas veces y otras rápida, obedece á todos los caprichos de la naturaleza silvestre del pais, sea que extendiendo su cauce á la falda de verdes colinas tome las proporciones de un lago, sea que encerrada entre dos montañas salte de cascada en cascada arrastrando con turia los leños y las piedras que pueden estorbarla. Los sombríos pinares sembrados de casitas rústicas ó de iglesias de madera de formas extrañas, las cintas plateadas de los arroyuelos que saltan de las peladas cumbres de los montes, dan al paisaje un encanto melancólico que aumenta el silencio mas profundo. A medida que se van subiendo las cuestas del Dovre, la vegetación disminuye; y en breve no se hallan mas que unas rocas cubiertas de un musgo blanco que sirve de alimento á los renjiferos silvestres, y una serie de ventisqueros cuyas brillantes puntas parecen amenazar á los cielos, y estallan á veces como el rayo bajo la acción del sol.

El viaje de Carlos XV fué favorecido por un tiempo soberbio. Los habitantes de esas vastas soledades corrían de diez leguas en contorno á salir al paso al soberano, cuyo coche iba escoltado por los alcaldes de los pueblos. Los montañeses con sus gorros encarnados armados con su cuchillo tradicional y montados en caballos de una raza particular del pais, forman por sus costumbres á la vez benévolas y silvestres, así como por su traje, un tipo poco conocido en Europa.

La coronación del rey tuvo lugar en la catedral de Drontheim el dia 5 de agosto, con la misma pompa religiosa que en Estokolmo. El cuerpo diplomático, muchas diputaciones del ejército y de la Dieta sueca, la escuadra del príncipe Oscar, hermano del rey, compuesta de fragatas, corbetas y bergantines, y las tropas del campo de Stjoerdalen contribuían con su presencia al brillo de la fiesta y daban á la ciudad de Drontheim un movimiento inusitado. Esta antigua capital de la Noruega ha sido la cuna de los *Vikingar* que durante muchos siglos se titularon los reyes del mar, extendieron sus piraterías sobre todas las costas de la Europa y poblaron la Normandía y una parte de la Gran Bretaña. Los habitantes que han conservado sus instintos aventureros, suministran á la marina excelentes marinos, y al comercio atrevidos pescadores.

El puerto de Drontheim, situado en un golfo que rodean altas montañas, se halla al abrigo de los vientos del Norte. Bajo la influencia de la corriente ecuatorial de América, tiene el privilegio, como la mayor parte de nuestros puertos noruegos, de no helarse nunca aunque se halla bajo una latitud mas elevada que el Báltico.

La catedral fué construida en 1180 en el estilo árabe bizantino, y recuerda por sus detalles las de Ruan y Amberes. El coro encierra una hermosa estatua de Jesucristo de grandes dimensiones hecha por Thorwaldsen, regalo que hizo el artista á la ciudad de Drontheim. Las estatuas de los apóstoles son debidas al cincel de Michelson, campesino noruego que figura en primera linea entre los escultores escandinavos con Thorwaldsen y Fogelberg. Excepto la catedral, toda la ciudad de Drontheim es de madera. El palacio del rey es la casa de madera mas grande que se ha visto. Los muelles del puerto están reemplazados por pescaderías sobre estacas formando galerías con arcos, bajo las cuales llegan por el otoño los buques cargados de bacalao, artículo que se exporta á todos los paises del mundo, después que se ha secado al sol en las rocas del contorno.

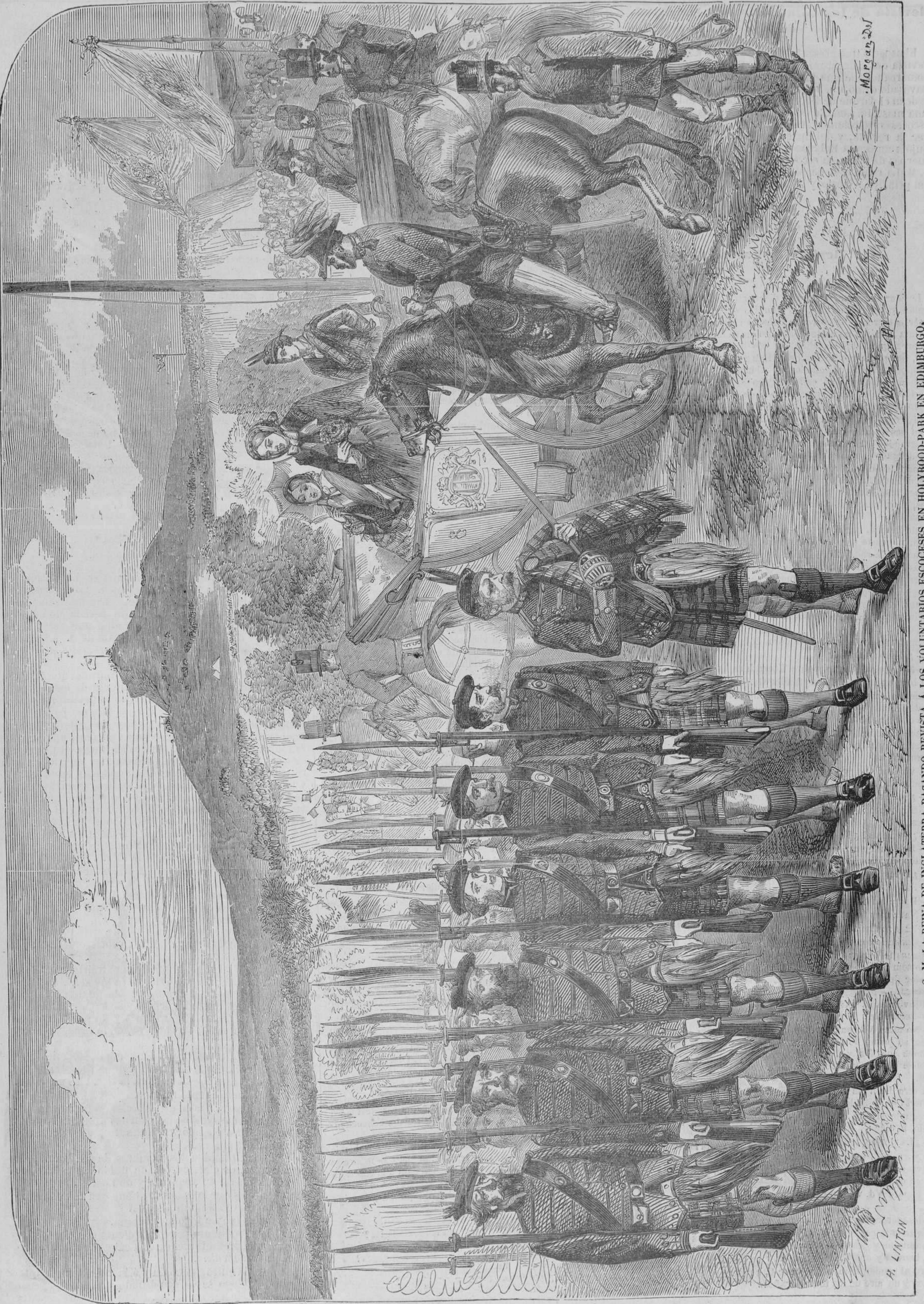
F. DE D.



EL REY DE SUECIA DIRIGIENDOSE DE CRISTIANA Á DRONTHEIM PARA SU CORONACION COMO REY DE NORUEGA.



EL REY CARLOS XV SALIENDO DE LA IGLESIA DE DRONTHEIM DESPUES DE LA CEREMONIA DE LA CONSAGRACION.



S. M. LA REINA DE INGLATERRA PASANDO REVISTA A LOS VOLUNTARIOS ESCOCESES EN HOLYROOD-PARK EN EDIMBURGO.

Revista de los voluntarios en Holyrood.

El aspecto que presentaba Holyrood-Park el día de la revista era asombroso: para Edimburgo y los pueblos comarcanos fué una gran fiesta. Edimburgo estaba empavesado como un buque de guerra, y las alturas que rodean el parque de Holyrood se hallaban cubiertas por una masa imponente de espectadores. Las poblaciones escocesas parecían estar dominadas de un solo deseo: ver la revista, y del mejor modo posible. Nuestro dibujo representa Holyrood-Park y sus alturas con los cuerpos de rifle escoceses desfilando por delante de S. M. La reina está de pié en su carruaje, acompañada del príncipe Alberto y rodeada de su comitiva.

V. C.

Revista de París.

Los cazadores parisienses se disponen á salir á campaña, y toman sus medidas para las grandes excursiones á que da lugar el ejercicio de correr la liebre y el venado. Hay en París una reunión, un casino formado en su mayor parte de cazadores, que todos los años, cuando llega la temporada actual, se queda medio desierto. Entre los individuos que le componen, todos aficionados á cual mas, se cuenta un jóven vizconde cuyo nombre llamamos con toda intencion, porque así lo exige el lance que vamos á contar, en el cual figura como héroe.

El vizconde no se ha ocupado nunca mas que en la caza: es su pasion única. Rico y jóven como hemos dicho ya, posee grandes haciendas en un departamento del Norte, donde se entrega con ardor á su noble entretenimiento.

Todos los años por el mes de setiembre se marcha de París y se dirige á sus propiedades con algunos amigos, y allí diariamente se levanta antes de amanecer, sale con sus hombres, y no vuelve á su casa hasta que se halla rendido de cansancio.

Este frenesí, que dura todo el tiempo permitido por el prefecto, no basta para satisfacer su ardiente pasion.

Durante la veda pasa de la práctica á la teoría, lee todos los libros nuevos que se han publicado sobre el asunto, y vuelve á leer todos los que anteriormente se han escrito.

Su jauria, que es muy notable y afamada entre los inteligentes, es objeto de sus constantes cuidados. Muchas veces el vizconde ha ido á Inglaterra nada mas que por comprar un perro.

Constantemente habla de la caza. Si le preguntan:

— ¿Cómo está Vd.?

— Mal, responde; mi pobre Kossuth se ha roto una pata.

O bien en lugar de Kossuth dice Garibaldi.

Nuestro cazador demuestra su admiracion por un grande hombre dando su nombre á uno de sus perros, y despues llega á olvidar el hombre por el perro.

Hace ocho dias, varios amigos del casino tramaron solo por divertirse una conspiracion que ha llegado á tener resultados lamentables.

El vizconde se presenta en la reunion, y abre sus labios pronunciando una frase que tiene siempre en la boca.

— ¿Sabeis quien venda buenos perros?

— Sí; conozco quien vende dos, responde uno de los jóvenes.

— ¿De veras? ¿Y son buenos?

— De la mejor raza: uno de ellos ha andado dos leguas colgado de la oreja de un jabalí.

— ¿Y los venden?

— Sí.

— Dame las señas de su amo.

— Nada mas fácil; es M..., médico en la barrera del Trono.

— Pues mañana iré.

El vizconde se retira satisfecho.

Apenas le han visto salir, cuando uno de los jóvenes del grupo toma un coche y se dirige á ver al facultativo, que es director de una casa de sanidad donde se trata especialmente la locura.

El jóven habla un buen rato con el médico, y este le despide diciéndole:

— No tema Vd. nada, caballero; esas cosas nos suceden á veces; su primo de Vd. será tratado con todas las consideraciones posibles, y si su enfermedad no es mas grave de lo que dice Vd., pronto será devuelto á sus amigos y á su familia.

Al otro día á las nueve de la mañana el vizconde llama á a puerta del establecimiento.

Pregunta si vive allí, y sobre la respuesta afirmativa del criado, le dice:

— ¿Es cierto que tiene perros de caza de venta?

— Sí, señor; pase Vd. adelante.

El vizconde sigue al criado, atraviesa el patio y es introducido en un gabinete.

— Espere Vd. aquí un instante, que voy á prevenir á mi amo.

Y desaparece cerrando la puerta con llave.

El vizconde para matar el tiempo se acerca á los cristales de la ventana y descubre un hermoso jardín, con bonitos paseos, bancos y apartados de frutas y de flores.

Pero al propio tiempo distingue tres personajes con unos atavíos y un aire de los mas extraños.

El primero es un hombre alto y delgado con un cucurucho de papel en la cabeza y una bata de los colores mas chillones, que va andando solo y haciendo gestos.

El otro con una blusa y una gorra de granadero se ocupa en cazar mariposas imaginarias; y el último envuelto gravemente en un capote y con la cabeza al aire observa con mucha seriedad los ejercicios de su compañero.

— Mucho me engaño, dijo el vizconde, si esos señores no han perdido el juicio.

Sin embargo, cansado en breve de mirar las idas y venidas de estos infelices, nota que el tiempo pasa y que el doctor le hace esperar demasiado.

Comienza á pasearse, se vuelve á la ventana, y por fin perdiendo la paciencia, se dirige á la puerta del gabinete que trata de abrir, aunque en vano.

— ¿Qué quiere decir esto? exclama; ¿se burlan de mí?

Y como está dotado de un carácter irascible, pega fuertemente en la puerta con los puños; pero la puerta es sólida y no cede una linea.

Entonces redobla los golpes, produciendo un estrépito que resonaba en toda la casa.

En este momento se abre un ventanillo y una voz le dice:

— Basta, calle Vd.

— Abrame Vd. la puerta.

— Bueno; dentro de un rato.

— Quiero hablar al doctor.

— Soy yo: diga Vd. lo que guste.

— ¡Ah! Vd. es el doctor; celebro verle; ¿es verdad que tiene Vd. perros de venta?

— Sí, señor; pero cálmese Vd.

— ¡Cálmame! Es Vd. un insolente; yo vengo aquí á comprar perros y me encierran; ábrame Vd., ó no dejo piedra sobre piedra en su casa.

— Cálmese Vd., por Dios, amigo mio; cálmese Vd.

El vizconde exasperado no responde sino precipitándose con un fuerte empuje sobre la puerta, que al cabo cede y se abre.

Pero nuestro hombre cae en los brazos de tres mozos robustos que le sujetan metiéndole en un saco de lienzo antes de que haya tenido tiempo de hacer frente al ataque.

Esto hace llegar al colmo la furia del vizconde; jura, se retuerce y grita como un desesperado.

Los mozos le administran un baño de agua fresca para calmarle, y el refresco le hace pensar al fin en su situacion, le hace ver que es víctima de una burla, y dominando su cólera manda llamar al doctor.

Este se presenta.

El vizconde le declara sus nombres y cualidades, y al cabo de una hora el facultativo, bien convencido de que el hombre que le habla tiene la cabeza sana, le pone en libertad despues de haberle contado que la vispera un jóven le anunció la llegada de un primo suyo atacado de enajenacion mental, que segun le dijo, se entregaria él mismo á sus cuidados preguntando que queria ver perros.

El vizconde provocó en desafío al autor de la burla, y el duelo tuvo lugar el juéves último en el bosque de Montmorency, duelo en que el vizconde pegó un pistoletazo en el hombro á su mal aconsejado amigo.

No es la primera vez que jóvenes aturdidos se valen de las casas de locos para dar chascos como el que acabamos de referir; y si no nos engaúa la memoria, creemos haber señalado en estas revistas algun acto por el estilo.

Tenemos á la vista un librito elegantemente impreso escrito por M. de Marennes, que se titula: *Manuel de l'homme et de la femme comme il faut*. Esta obra está consagrada especialmente á la definicion de la elegancia. Ni los hombres ni las mujeres son iguales, dice el autor; y partiendo de aquí, va señalando los diferentes aspectos de la elegancia, que varian segun los países, segun los gustos, y sobre todo segun las personas.

«La elegancia no se enseña, escribe M. de Marennes, sino que uno la ve, la comprende por intuicion y se la apropia.

Nadie puede recibir lecciones de elegancia por una razon sencillísima. Cada cual es elegante con el juego de sus proporciones, con el movimiento de sus propias fuerzas grandes ó pequeñas, con la inflexion de su propia voz, con su modo de andar, ligero ó grave. ¿Cómo se ha de enseñar á uno lo que es propio de otro? Obligad á la Tagliani á imitar los vertiginosos movimientos de la Essler, y la Tagliani será ridícula. Imponed á la Essler las ondulaciones delicadas y apenas sensibles de la Tagliani, y será una mujer de piedra. — Cada cual no puede ser elegante sino por si mismo.»

El autor, en apoyo de esta idea que es justa por demás, cuenta una anécdota curiosa. Dice que ha conocido en París una modista célebre que habia hecho de su arte un estudio profundo, y que habia adivinado, aunque sin darse cuenta de su descubrimiento, que la elegancia es la hermana gemela del carácter.

Para saber si un color, si una forma convenia á una mujer, hacia preguntas, y segun la naturaleza de las respuestas, ó mejor dicho, de las noticias, su sagacidad sacaba consecuencias naturales que no podian ser mas acertadas.

«Un dia, dice el autor, acompañé yo á su casa á uno de mis amigos que queria comprar una papalina para su madre y un sombrero para su hermana, que se hallaban á la sazón en Baden.

— ¿Qué edad tiene su madre de Vd.? preguntó á mi amigo con mucha finura.

— Cincuenta años.

— ¿Recibe mucha gente? ¿frecuenta las sociedades?

— Al contrario, por lo regular vive retirada.

— ¿Consagra mucho tiempo á las prácticas religiosas?

— Algunas horas cada dia.

— Muy bien. ¿Qué forma tiene su semblante?

— Forma ovalada.

— ¿Qué color es el de sus ojos?

— Azul oscuro.

— ¿Y la nariz?

— Aguileña.

— Perfectamente.

La modista tocó la campanilla, y se presentó una oficiala.

— Tráeme, la dijo, la papalina número tantos.

La sacaron, y en efecto no podia darse nada mas propio y conveniente.

— ¡Dios mio! exclamó; no sé dónde tengo la cabeza; he olvidado preguntar á Vd. si su señora madre es viuda.

— Si lo es.

— En ese caso el color es demasiado oscuro; hace falta algo mas ligero.

Y pidió otra papalina.

— Ahora nos ocuparemos de su hermanita de Vd. ¿Qué edad tiene?

— Diez y ocho años.

La modista llamó con otra campanilla, y acudió una jóven vestida con elegancia.

— Disimule Vd. mi pregunta, pero es muy importante, y por eso me permito hacerla: ¿su hermana de Vd. es bonita?

— Así dicen todos.

— ¿Toca el piano?

— Sí, señora.

— ¿Cuáles el color de su cabello?

— Rubio ceniciento.

— ¿Baila bien?

— La gusta el baile con delirio.

— Corriente.

Hizo una señal á la jóven, que se retiró para presentarse nuevamente con un lindísimo sombrero en la cabeza.

— Mañana todo estará dispuesto.

Cumplió su palabra, y á decir verdad no se podia ver nada mas elegante que aquella papalina y aquel sombrero.»

El libro de M. de Marennes está lleno de anécdotas por el estilo que hacen divertida y amena su lectura.

MARIANO URRABIETA.

Quiromancia nueva.

LOS MISTERIOS DE LA MANO REVELADOS Y EXPLICADOS POR AD. DESBARROLLES.

Mientras estábamos en el campo se ha alzado en nuestra mesa una pirámide de libros. ¿Os acordais de aquella hija del rey de Egipto, que segun cuenta el buen Herodoto, pidió una piedra á cada uno de sus amantes y mandó construir con ellas una gran pirámide? Del mismo modo cada amante de la publicidad trae un libro á la princesa, y las pirámides se elevan como por encanto.

Veamos en primer lugar una obra curiosa que M. Philarete Chasles incluirá en el número de los signos ó caracteres de la época: es la *Quiromancia nueva* de M. Ad. Desbarrolles.

Discipulo á un tiempo de Lavater, de Gall, de Eliphas Levi (es decir, de M. Alfonso Luis Constant) y del capitán de Arpentigny, M. Desbarrolles sienta el principio de que el carácter de cada persona está escrito en su rostro, en las sinuosidades de su craneo y en la forma y las líneas de sus manos, y se dedica especialmente á desentramarnos los misterios de la quiromancia y la quiromancia, presumiendo adivinar como el capitán Arpentigny, el carácter de las personas por la forma de sus dedos, y como M. Constant los instintos y el destino de cada cual por la disposicion de los montes y las rayas que surcan la palma de la mano.

Como osado teniente, recluta en sus filas á Sócrates, Virgilio, Rabelais, Montagne, Newton, Herder, Bichat y Balzac, esto es, un verdadero ejército de nombres ilustres. ¿Es un ejército de voluntarios? Convendria poderse preguntar; pero lo cierto es que les pasa revista, y quieran que no, los lleva consigo á tambor batiente y bandera desplegada. Y esta bandera es: ¡la *quiromancia nueva*!

El libro es algo vago, ¿pero debe extrañarnos tratando de misterios? ¡*Los misterios de la mano*!... Con pretexto de quiromancia, el autor habla de una infinidad de cosas: de los misterios órficos y de la Cábala, de Hermes y de M. Alexis, de Origenes y de M. Home, del Egipto y de la India, de la tierra, de la luna, del sol y de la luz astral.

¿Deseais una muestra del lenguaje de los iniciados?

«La aspiracion y la respiracion de la tierra es la luz astral, y la llamamos así porque la tierra es un astro.

» Es el grande agente mágico.

» Se manifiesta por cuatro especies de fenómenos sometidos á los ensayos de las ciencias profanas bajo los cuatro nombres de calórico, lumínico, electricidad y magnetismo.

» Se le dan tambien los nombres de tetrágama, de *inri*, de azoe, de eter, de *od*, de fluido magnético, de alma de la tierra, de serpiente y de Lucifer.»

Ya veis pues que la luz astral tiene casi tantos nombres como una infanta de España.

Esta luz es la que todo lo gobierna.

La obra se inaugura por consiguiente con ciento cinco páginas de preliminares de esta clase, *de omni re scibili et quibusdam aliis*.

Pasemos á la quiromancia y á la quiromancia, que con gran trabajo se salvan á nado en medio de este torrente de ciencias inexactas. Hé aquí los rasgos prin-

cipales que he recogido hojeando el voluminoso libro, y que pertenecen, ya al mismo M. Desbarrolles, ya á sus autores.

Toda la especie humana se divide en dos categorías: la de dedos lisos y la de dedos nudosos.

Los hombres de dedos lisos son los artistas, las personas de intuición y de capricho, y los de dedos nudosos son los calculadores, las personas exactas y positivas, propias para las ciencias.

A falta de otras pruebas, decía Newton, el pulgar me convencería de la existencia de Dios.

El animal superior está en la mano y el hombre en el pulgar, según M. de Arpentigny. Algunos naturalistas solo consideran como un talon movable el pulgar de los monos, que es muy poco flexible y por esta razón poco ó nada susceptible de oponerse, en tanto que el pulgar humano, colocado y organizado por el contrario de modo que pueda siempre obrar en sentido opuesto á los demás dedos, simboliza el sentido moral que oponemos á los impulsos de nuestros instintos y pasiones.

M. de Arpentigny presenta como pruebas: los idiotas de nacimiento que vienen al mundo sin pulgares ó con pulgares imperfectos ó atrofiados; los niños de pecho que hasta el momento en que despunta la primera luz de la inteligencia tienen los dedos encima del pulgar; los epilépticos que en sus crisis cierran el pulgar con los dedos, y los moribundos que esconden el pulgar debajo de los dedos.

« El pulgar está dedicado á Venus y á Marte por muchos antiguos quirománticos, y en este caso el pulgar es la vida entera: el amor y la lucha. » (Página 180.)

« El pulgar representa la creación. Su forma, que recuerda no por un capricho de la naturaleza, sino por una prudente analogía, el *jod* cabalístico y el *phallus* de los antiguos, reúne en sí la generación, la razón y la realización ó la voluntad (lo cual es una misma cosa en mágica.)

El pulgar es por lo tanto la vida, es el ser, es el hombre rodeado de influencias que debe amasar para su bien ó su mal, según la dirección que dé á su inteligencia, á su voluntad. » (Pág. 197.)

« No confiéis en la amistad ni en la constancia ó fidelidad al partido (en política) de los pulgares cuya primera falange es corta. Podrán tener accesos de adhesión y ser capaces de un acto de heroísmo, pero *instantáneamente*, pues si tienen que perseverar en sus inspiraciones á las veces sublimes, les falta el aliento, no demuestran dos veces seguidas su energía, y volverán muy pronto á su estado natural, la incertidumbre y la indiferencia. » (Pág. 331.)

¡Baldon pues para esos pulgaros cuya primera falange es corta! Antes de estrechar la mano de nadie, mirad con atención esa falange. ¡Cuántas personas tienen hoy los brazos largos porque tenían la falange corta!

El maestro de filosofía de M. Jordain es menos hábil para explicarle las bellezas de cada letra de alfabeto, que M. Desbarrolles para analizarlos el sentido de cada dedo y cada falange, principiando por la primera, la de la uña, según es puntiaguda con dedos lisos, ó cuadrada con dedos lisos, ó á modo de espátula con dedos lisos, etc.

« Los dedos puntiagudos indican religión, éxtasis, adivinación, poesía, invención: MUNDO DIVINO.

« Los dedos cuadrados indican orden, obediencia á las cosas establecidas, organización, regularización, simetría, reflexión, pensamiento, razón: MUNDO ABSTRACTIVO.

« Los dedos en forma de espátula, llamados así porque cada dedo presenta la figura de una espátula mas ó menos ancha, indican resolución, necesidad de movimiento físico, acción, sentimiento de la vida positiva, intereses materiales, amor sin ternura, afición á las comodidades, y con frecuencia audacia y necesidad de figurar: MUNDO MATERIAL. » (Pág. 122.)

Los dedos son lisos, esto es, sin nudos aparentes, ya en la primera articulación, ya en la segunda, ya en ambas, y estas diferentes formas tienen sus diversas influencias que también analiza M. Desbarrolles. Cada nudo es un mundo.

Después vuelve á ocuparse de todas estas divisiones, y nos ofrece mil detalles y mil arabescos de capricho.

« Los dedos puntiagudos en el extremo atraen la electricidad como las puntas inventadas de los para-rayos.

« Si los dedos puntiagudos son lisos y ofrecen de este modo un conducto fácil y sin obstáculo, la impresión es inmediata.

« De aquí proceden las inspiraciones elevadas, las iluminaciones, y las invenciones dimanadas del cielo sin enlazarse, considerada su espontaneidad, con una mezcla terrena.

« Los adivinos, los inventores metafísicos, los estáticos y los poetas tienen los dedos puntiagudos. » (Página 143.)

Los dedos largos anuncian la afición á los detalles, la minuciosidad.

« Un literato que tiene los dedos largos fatiga al lector ó al espectador por el esmero que pone en sus detalles, y perjudica de este modo al conjunto. »

Las líneas y los montes de la mano dan materia al autor para ricos capítulos. Solo citaré un pasaje, pero bueno:

« El número de los hijos que se han tenido ó se han de tener se encuentra señalado en la percusión de la

mano á la altura del monte de Mercurio. Estas líneas están situadas á lo largo en dirección del dedo auricular y en el fondo de la mano; en el espacio que hay entre la raíz del dedo y la línea del corazón. Si son bien rectas, bien largas y bien trazadas, son hijos, pero son hijas si las líneas son tortuosas. Las líneas débiles y cortas y algo borradas significan los hijos que no deben vivir ó que aun no han vivido.

« En el mismo sitio, pero al través, es decir, en dirección de la línea del corazón, las líneas bien trazadas indican el número de mujeres que os servirán de compañeras en una parte de vuestra existencia.

« Una sola línea anuncia un matrimonio, un afecto tan solo, pero estos casos son raros. » (Pág. 347.)

¿No os parece esto muy curioso? Si á semejante ciencia llaman quiromancia nueva, ¿qué será la antigua?

La astrología, como acabais de ver por el « monte de Mercurio » se mezcla necesariamente con la quiromancia. Por supuesto, además del monte de Mercurio, hay en la palma de la mano el monte de Júpiter, el de Saturno, el de Apolo ó del Sol, el de la Luna, el de Marte y el de Venus con todas sus modificaciones recíprocas y las diversas significaciones que de ellas se desprenden.

Debemos esperar que encontraremos también allí con la astrología la ciencia de los números. Hé aquí para terminar una curiosa muestra tomada de otra obra publicada sin nombre de autor con este título: *Investigaciones sobre las funciones providenciales de las fechas y de los nombres en los anales de todos los pueblos.*

« La distancia que media entre el nacimiento de san Luis y el de Luis XVI es de 339; añadiendo estos 339 años á cada uno de los acontecimientos notables de la vida de san Luis, hallaremos un acontecimiento notable que corresponde á la vida de Luis XVI. »

1. Nacimiento de san Luis: 23 de abril.....	1213
Añádanse....	539
Nacimiento de Luis XVI: 23 de agosto.....	1754
2. Nacimiento de Isabel, hermana de san Luis...	1223
Añádanse....	539
Nacimiento de Isabel, hermana de Luis XVI....	1764
3. Muerte de Luis VIII, padre de san Luis.....	1226
Añádanse....	539
Muerte de Luis (delfín), padre de Luis XVI....	1763
4. Menor edad de san Luis, como rey, principia en...	1226
Añádanse....	539
Menor edad de Luis XVI, como delfín.....	1763
5. Casamiento de san Luis (primeras diligencias)..	1231
Añádanse....	539
Casamiento de Luis XVI.....	1770
6. Mayor edad y gobierno personal de san Luis....	1235
Añádanse....	539
Advenimiento de Luis XVI.....	1774
7. San Luis victorioso concluye una paz con Enrique III.....	1243
Añádanse....	539
Luis XVI victorioso decreta los preliminares de la paz con Jorge III.....	1782
8. Cautiverio de san Luis.....	1250
Añádanse....	539
Cautiverio de Luis XVI: 5 y 6 de octubre.....	1789
9. Nacimiento de Tristan en el momento del cautiverio de su padre.....	1250
Añádanse....	539
Oposición: Muerte del primer delfín en el año del cautiverio de su padre.....	1779
10. Muerte de Isabel de Angulema.....	1250
Añádanse....	539
Oposición: Nacimiento de María Teresa Carlota de Angulema.....	1789
11. Canonización de san Luis en el reinado de Felipe IV.....	1297
Añádanse....	539
Muerte del hermano de Luis XVI (Carlos X.)....	1836

Adviértase que el número 1297, año de la canonización se compone de los mismos guarismos que la fecha 1792; fin del reinado y de la monarquía de Luis XVI.

Además, sumando la fecha del advenimiento de Luis XVI al trono.....

y el número 19, producto de la suma de los guarismos de esta fecha puestos unos debajo de otros, se encuentra la fecha de su muerte en el cadalso.....

Finalmente, sumando la fecha de la caída de Luis XVI y el número 23, producto de la suma de los guarismos de esta fecha, se encuentra la de la restauración.....

1814

Chateaubriand ha hecho una observación que naturalmente debe recordarse á continuación de estos singulares cálculos.

Carlomagno murió el 31 de marzo de 814, y Napoleón perdió su poder con la toma de París el 31 de marzo de 1814, 4000 años después día por día.

Prescindiendo de estas analogías y sin tratar de examinar si existe en ellas algun detalle arrastrado por los cabellos ó alguna fecha enmendada, estos juegos inocentes de la ciencia de los números, son curiosidades que valen tanto como otras y no quitan el mérito al libro del señor Desbarrolles.

Según el folleto anónimo, existe además una afinidad tan positiva como misteriosa entre la vida de tal ó cual personaje y la fecha de su nacimiento y de su muerte.

Basta para hacer este cálculo con ar el número de las letras de cada palabra, sumar los guarismos de las épocas y reunir todos estos diversos guarismos.

El libro de M. Desbarrolles termina con ejemplos de quiromancia aplicada; y Lamartine, Alejandro Dumas,

Julio Janin, Emilio Augier, Maquet, Proudhon, Meissonnier, Gerome, Diaz, Corot, Auber, Gounod, Frederick-Lemaître, Got y Mlle Dejaset dan la mano sucesivamente á las divertidas é ingeniosas demostraciones del hechicero.

Tanto en este punto como en los demás, preciosas y delicadas observaciones se ahogan en un océano de asertos arbitrarios, confusos, satíricos y picarescos.

La obra forma un tomo de 623 páginas, y está adornada con imágenes cabalísticas para aclarar el texto, y con manos de todas formas, montes y líneas.

Tal cual es, creo que gustará á una gran parte del público del día, deseoso de entretenimientos extraños y de misterios, y no faltarán á la quiromancia, así como no han faltado al espiritismo. En las épocas en que en nada se cree, se cree en todo, ó en otros términos, las épocas en que hay menos creencias son aquellas en que existe mas credulidad. Las personas que no se atienen á ningún principio se dejan arrastrar fácilmente por todos los oleajes de las opiniones, de las doctrinas ó de los desvaríos que se dan á luz, y van agua abajo al capricho de las corrientes. Lo mismo sucedió en Roma en la decadencia.

Los que creen en las manos, pero no de un modo general y por decirlo así fisonómico (sistema de M. de Arpentigny, como continuación del de Lavater), y los que creen en la línea de vida, en la de cabeza, en la de corazón, en la de hígado, en la de Saturno y en la de Júpiter, en el anillo de Venus y en las figuras formadas por todas estas líneas, y en los montes y en los llanos de Saturno, de Júpiter, de Mercurio, de Marte, de Venus, de la luna y del sol, son unas buenas gentes que desean matar el tiempo. Y M. Desbarrolles es un hombre de talento que cuenta con estas buenas gentes para vender su libro, y que por consiguiente no se burla de ellos. Un comprador es siempre digno de respeto.

EMILIO DESCHANE.

Viaje del emperador.

Como dijimos en el artículo anterior, el 24 salieron SS. MM. para Lyon. En Chalons y Macon tuvieron lugar las recepciones de las autoridades del departamento de Saona y Loira, y á las seis de la tarde llegaron á Lyon, en cuyo desembarcadero fueron recibidas por las principales autoridades de la ciudad, y en seguida se dirigieron en coche á la Casa de Villa, en medio de un concurso inmenso de población obrera. En la calle Imperial todas las grandes y nuevas casas estaban empavesadas con banderas y magníficas colgaduras. Un gentío inmenso se dirigió á las plazas del Teatro y de Terneaux, situadas enfrente de la Casa de Villa, y el emperador y la emperatriz tuvieron que salir al balcón para dar las gracias á la población que los aclamaba con frenesí. La ciudad presentaba, dice el *Moniteur*, un aspecto espléndido.

Al día siguiente, 25, SS. MM. se trasladaron al palacio de las Artes, donde tuvo lugar la recepción de todas las autoridades del departamento, y de allí al palacio del Comercio para presidir á su inauguración.

El presidente de la cámara de comercio dirigió al emperador y la emperatriz un sentido discurso en nombre de sus colegas, dándoles las gracias por el interés y protección que dispensan al comercio y á la industria.

El emperador respondió:

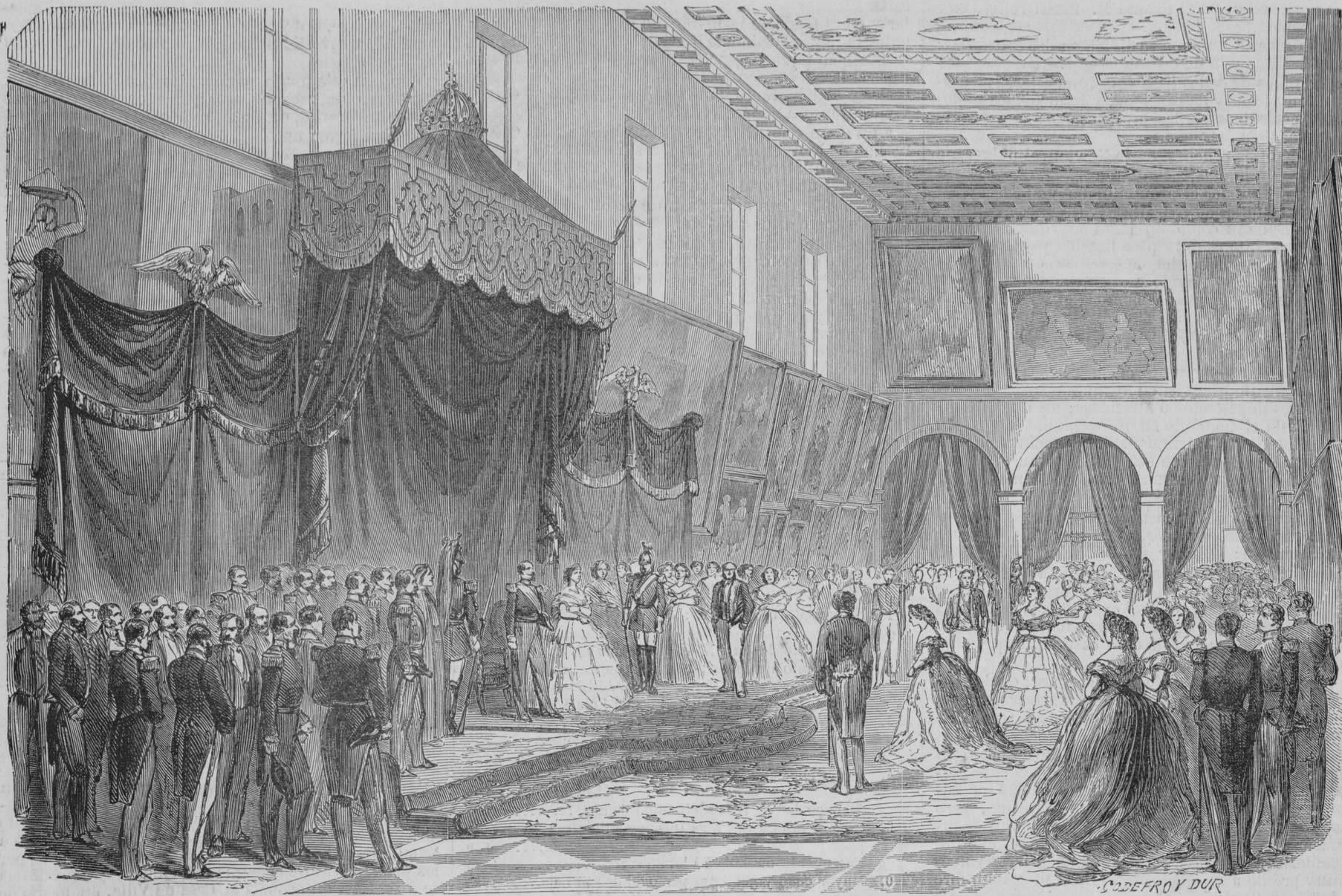
« Os doy las gracias por la manera con que apreciáis mis esfuerzos para aumentar la prosperidad de la Francia. Preocupado únicamente de los intereses generales del país, desdeño todo lo que puede servir de obstáculo á su desarrollo. Por eso me encuentran insensible tanto las injustas desconfianzas excitadas fuera de estas fronteras, como las alarmas exageradas de los intereses egoístas en el interior. Nada me hará desviar de la senda de moderación y de justicia que he seguido hasta el día y que mantiene á la Francia en el grado de grandeza y prosperidad que la Providencia le ha asignado en el mundo. Dedicados pues con confianza á los trabajos de la paz; nuestros destinos se hallan en nuestras manos. La Francia da en Europa el impulso de todas las ideas grandes y generosas; no sufre la influencia de las malas sino cuando degenera, y creed que con la ayuda de Dios no degenerará durante mi dinastía. »

Estas nobles palabras, dice el diario oficial, fueron acogidas con ardiente entusiasmo por todos los circunstantes, que representaban á la parte selecta del mundo industrial de la ciudad de Lyon, y cuando en seguida el emperador colocó con su propia mano las condecoraciones en el pecho de los representantes mas eminentes de la inteligencia y del trabajo, era fácil reconocer en los unánimes aplausos que estallaron, lo bien interpretado que habia sido el sentimiento público en estas elecciones.

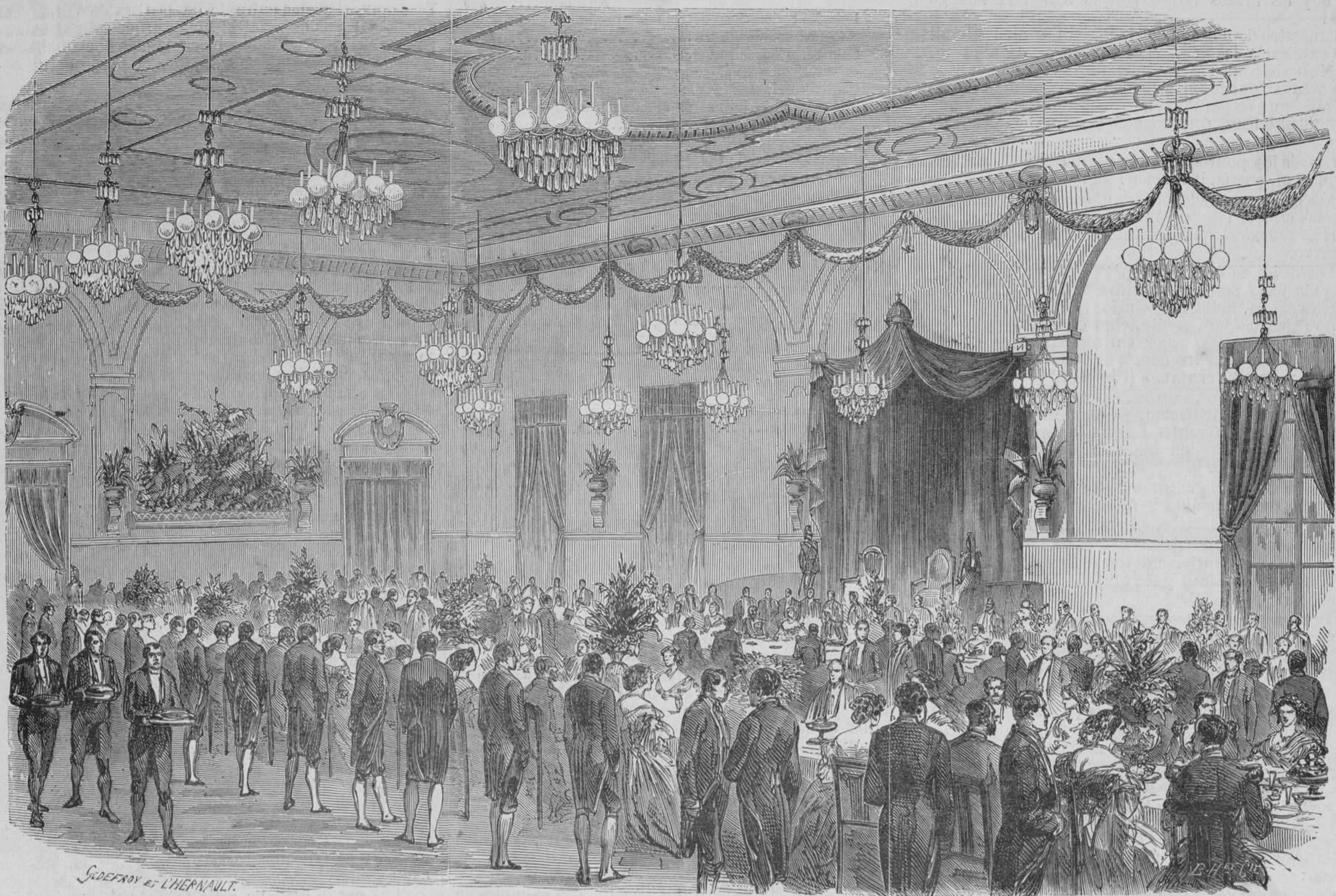
Del palacio del Comercio SS. MM. fueron á visitar el Hotel-Dieu, que es el hospicio principal de la ciudad.

La villa dió á SS. MM. un gran banquete y un gran baile. Al siguiente SS. MM. subieron al santuario de Fourbieres, y por la tarde pasaron á la Croix-Rousse, donde la población obrera les hizo una recepción que no fué mas que una serie no interrumpida de ovaciones.

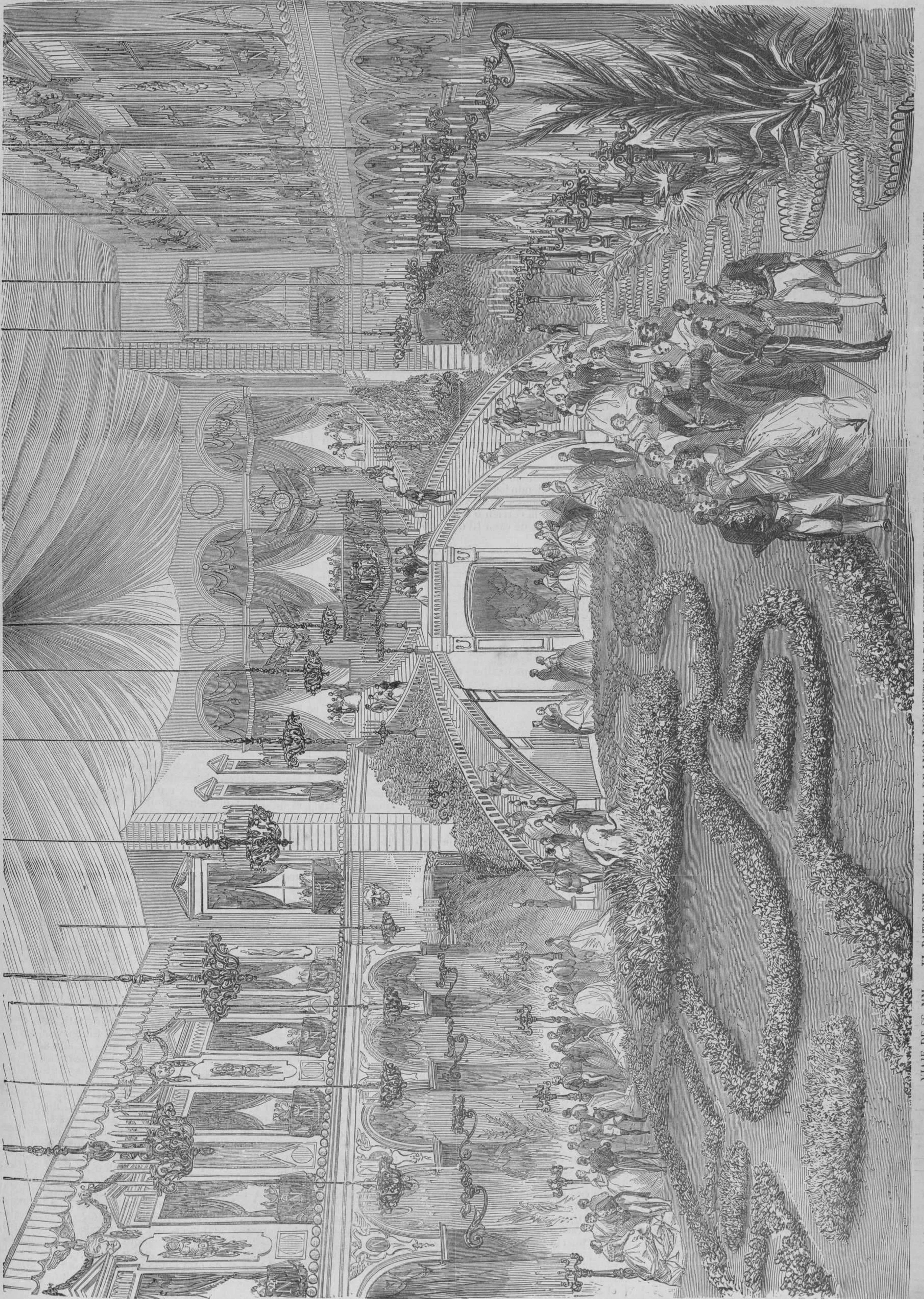
El 27 por la mañana salió la comitiva imperial de Lyon con dirección á la Saboya.



VIAJE DE SS. MM. — RECEPCION DE SEÑORAS EN EL SALON DEL MUSEO DEL PALACIO DE LAS ARTES EN LYON.



BANQUETE EN EL HOTEL DE VILLA DE LYON.



VIAJE DE SS. MM. EL PATIO DEL HOTEL DE VILLA DE LYON DISPUESTO EN PASEO CUBIERTO DURANTE EL BAILE DADO AL EMPERADOR Y A LA EMPERATRIZ.

A Felicitas.

Si entre malezas y flores
La vida vamos cruzando,
Huyendo de los dolores
Y á los goces aspirando,
Goce yo con tus amores.
Amores, querida mia,
Que no dañan con su fuego;
Amores que el alma ansia:
Que infunden pura alegría,
Santa paz, grato sosiego.
Yo, como todos, la hermosa
Niñez de la incierta vida
Cruzé con alma afanosa;
Mi juventud borrascosa
Fué una ráfaga perdida.
Buscando un placer divino,
Un sol de vívida lumbre
Que alumbrase mi camino,
En mi inquieta pesadumbre
Fuí constante peregrino.
Al fin divisé mi estrella:
Eras tú que me augurabas,
Tan sencilla como bella,
La dicha; tú que marcabas
En mi camino tu huella.
Te amé; me juraste amor,
Y el sagrado juramento
Que hiciste al pié del altar,
Yo recogí con tu aliento
Que vida me supo dar.
Conocí que nunca el alma
Goza de dicha completa
Si triste no vive en calma;
Que no hay triunfo, que no hay palma
En una conciencia inquieta.
Busqué, busqué el bienestar
Libre de juelos prolijos,
Y al cabo le pude hallar
En la quietud de mi hogar
Junto á tí y entre mis hijos.
Cifré en sus grandes hazañas
Su orgullo, quien con aliento
Tomó parte en cien campañas.
¡Mis hijos!... ¡Qué orgullo siento!...
Son trozos de mis entrañas.
Mas que el lujo y la riqueza
Del rico, del noble allivo
La soberbia y la grandeza,
Estimo nuestra pobreza;
Pues pobre, dichoso vivo.
Solo tu virtud anhelo;
Consérvala cuidadosa,
Pues es mi mayor consuelo:
Y tendré, mi buena esposa,
Contigo en la tierra un cielo.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

La noche de la boda.

FANTASIA LIBREMENTE TRADUCIDA DEL FRANCÉS.

I.

— ¿Sabes, Emilia, lo que son juramentos de amor?
— Lo sé, Ricardo; pero sé también lo que es el poder de un padre.
— Recuerdas aquellas deliciosas horas en que junto á los sauces...
— ¡Ah! las recuerdo. No las olvidaré ¡Cuánto te amo!
— Con que está decidido. ¿Cuándo es la boda?
— Mañana.
— ¿Amas á tu esposo?
— Me caso con él.
— Bien puedes casarte sin amarle, puesto que me amas y no te casas conmigo.
— ¡Qué palabras tan crueles, Ricardo!
— Y las tuyas, Emilia, ¡qué engañosas!
— Un día me dijiste: «Pídeme mi alma, mi vida, y la tendrás, Emilia.»
— Otro me decías tú: «¿Quieres, Ricardo, mi corazón y mi mano? Tuyo serán.»
— Contaba sin mis padres.
— Y yo sin tí, sin tu veleidad.
— Mi padre nos separa.
— Dios nos mira.
— ¡Jamás!
Y Emilia, la bella olvidadiza, se cubrió el rostro, dejó caer la cabeza sobre el pecho y rompió á llorar.
Una lágrima abrasadora cayó en la frente de su triste amante, que suspiraba debajo de la ventana. Ricardo recogió con afán la perla desprendida de aquellos ojos negros, y vencido por el sentimiento y el amor, dijola con dulzura:
— ¿Para qué me mandaste venir aquí?
— Para cambiar nuestro último adiós.

— Adios pues, Emilia...
— Y para pedirte además mi anillo de oro.
— Única cosa tuya que me queda.
— Cuando niña te le di; cuando mujer te le pido.
— La mujer es muy prudente; no lo era tanto la niña.
Emilia no supo que contestar, y tendió la mano ahogando un suspiro.
— Toma, dijo el galán, levantándose sobre la punta de los piés, introduciendo las manos por las barras de la ventana, y colocando el anillo en el dedo de su amada.
— Tienes un gran corazón, Ricardo.
— Te amo.
— Aun quería pedirte otro favor.
— Píde.
— Se habla mucho de nosotros. Demasiado quizá. Es necesario que asistas á mi boda. Estarás alegre, reirás y se verá que no me amas.
— Eso nunca.
— Te lo juro.
— No lo conseguirás: ¡nunca! ¡nunca!
— Te lo suplico.
— ¿Qué has dicho?... Iré.
— Gracias, querido Ricardo.
— Concédeme á tu vez una gracia.
— Píde.
— Un wals.
— ¿Cuál?
— El primero despues de la media noche.
— Concedido.

«Emilia, Emilia, gritaba una voz dentro de la casa, ¿dónde estás?»

— Aquí... Adios, amado Ricardo.

La mano blanca de la desposada envió un saludo cariñoso al doncel. Este lanzó una mirada sobre la sombra de mujer que en el parque se ocultaba. Luego aparecieron luces por todas las habitaciones, se cerraron las ventanas, y se quedó á oscuras el palacio del conde de Acuaviva, padre de la hermosa Elena.

Ricardo, cabizbajo y ensimismado, atravesó el puente del río, siguiendo las frondosas riberas del Ebro, festonadas de guindos y albaricoqueros, y se dirigió hácia una isleta que la corriente formaba, ciñéndola con sus brazos á manera de canastillo henchido de flores y verdura.

Emilia destrenzó sus sedosos cabellos, consagrando el último pensamiento al tierno recuerdo de sus amores, ahogó los latidos del corazón y trató de dormirse; pero el sueño huyó de sus párpados. Una tras otra contó las horas de la noche que daba el grave reló de Santa Margarita. A las doce parecióle oír un suspiro cerca de sí.

Es el viento que azota los árboles, creyó Emilia. Y era el viento de un ay que en alas de la brisa traía la noche serena, despertando las flores que medio cerradas dormían en sus flexibles tallos.

Fatigada la doncella, durmióse al amanecer.

II.

La noche desapareció con sus negras tocas; la bruma fina y ligera rodaba sobre el verde césped; las veletas de Santa Margarita giraban suavemente á impulsos del céfiro blando; hería el sol con sus dorados rayos las almenas del palacio, y mil voces argentinas elevaban las campanas desde lo alto de las torres, anunciando la venida del rey de los astros, mientras zumbaban las afanosas abejas sobre la flor cenicienta de los romeales.

Unos van y otros vienen en la morada de Acuaviva. Los criados atravesaban precipitadamente de cámara en cámara: piafaban en el patio los caballos. En el dintel de la puerta entonaba una orquesta dulcísima diana. Cualquiera hubiese pensado que todos los habitantes del palacio iban á casarse, segun lo placenteros que estaban.

La novia apareció pálida como todas las novias en día tan solemne. Dionisio se dirigió hácia ella saludándola con amable sonrisa.

— El ramillete nupcial, querida mia, la dijo.

— El ramo, mi bien, contestó Emilia, se me ha olvidado.

— Aquí le tienes. En el jardín de mi padre le recogí yo antes que el sol viniera á marchitar las flores. ¿Quieres verle?

Dionisio llamó, y un paje vestido de blanca librea presentó á la jóven una caja de ébano con embutidos de plata.

— Abrela, repuso el novio, alargando una llave de oro.

Abrió el cofrecito la novia con temblorosa mano, y en lugar del ramillete halló solo tres flores: una primavera, una verónica y una siempreviva, que en el simbólico dialecto de las flores significan *esperanza, fidelidad y constante amor*.

Emilia se sorprendió al pronto, mas al fin tomó las flores y ciñóselas á la cintura.

Un hermoso caballo blanco, primorosamente enjaezado con silla de terciopelo y mantilla de grana bordada en oro, se divisaba á lo lejos entre los árboles fronterizos al palacio. Sobre él cabalgaba un jóven gallardo, cuyo rostro ocultaba el ala del chambergo, fijos los ojos en la puerta principal de la casa de Acuaviva.

A poco rato púsose en marcha el cortejo nupcial desplegando régia pompa á lo largo de las riberas del río. Emilia no pudo ver al jinete que los atisbaba. Cuando el acompañamiento subía la colina en que se levanta

modestamente la antigua ermita del desierto, oyó galopar un caballo; pero temiendo encontrarse con Ricardo, continuó su camino sin atreverse á volver la cabeza.

Entraron los novios en la iglesia de Santa Margarita, precedidos de nobles amigos que se esparcían por las anchurosas naves colgadas de soberbios tapices y alfombradas de rosas. Entonaron los coros alegres villancicos, y el órgano secundándoles, ya sonaba fuerte como el trueno, ya suavemente remedando el suspiro.

Al tiempo que el sacerdote se adelantó para bendecir á los desposados, Emilia volvió la vista hácia la nave lateral.

— ¿Qué haces? le preguntó su mamá. Es necesario que no mires á nadie.

— ¿Quién es, repuso la hija, aquel jóven vestido de luto que está de rodillas junto á la segunda columna?

— A ninguno veo como no sea la estatua del condestable; pero atención, que te toca responder.

— Emilia de Acuaviva, ¿acceptais por esposo á Dionisio de Campoverde?

— Sí, respondió Emilia con tan débil acento, que casi comprendió el sacerdote el sacrificio, y extendió una rápida mirada hácia el pilar. El jóven había desaparecido.

— Me habré engañado, dijo para sí; mas luego se apercebí de que en su cintura faltaba la primavera, la flor de la esperanza.

III.

Fiesta deslumbradora: suenan los brindis por todas partes: grandes jarrones de flores y frutas adornan las mesas y faisanes con doradas plumas circulan en vajillas argentadas: chispea el licor en las copas; todo es algazara y bienandanza.

En una antiquísima copa esmaltada de vivísimos colores que figuraba el altar de Himeneo, llena de *tachryma Christi*, brindaron los padres y los convidados despues por la felicidad de los recién casados. Llegó al novio esta copa tradicional, quien se la ofreció á su jóven esposa, para que antes gustase de ella. Apenas puso Emilia en el borde su rosada boca, quedó vacía la copa, como si un bebedor invisible la hubiera antes apurado. Trémula apartó los labios, ¿qué vió en el fondo? No se sabe; solo sí, que poniendo el dedo en la boca volvióse á los convidados con un gesto que decia: «Silencio, nadie la mire.»

— Nada mas que una gota para mí, exclamó Dionisio en tono de tierna réplica. La beberé en otra copa vacía.

— La novia no tiene mas que una flor del ramo, gritó una voz entre la muchedumbre.

Con efecto, de su cintura había desaparecido la verónica, la flor de la fidelidad.

IV.

Vino la noche: abandonaron los huéspedes el comedor, y la perfumada esperma vertió su claridad en los salones desde altos candelabros bronceados.

Dos pajes, altos como gigantes, inmóviles como rocas, con una antorcha de encina en la diestra mano, levantaban los tapices de las puertas con la izquierda, mientras la orquesta con sus preludios invitaba á bailar. Todos admiraban las gracias de Emilia, su vaporoso traje, sus armoniosos movimientos, su talle obediente á la ley del compás. A un pájaro semejaba, deslizándose el diminuto pié sobre mullida alfombra. Todos la admiraban y la creían dichosa. Ella de tiempo en tiempo con demasiada frecuencia, arrojaba furtivas miradas á la puerta y á la mano del reló que en una caja de ébano movía un péndulo de oro.

El baile estaba en su apogeo. Nadie sino la novia, y acaso el novio, se acordaban de que era cercana la media noche. Preludiaba la orquesta un wals. Tres caballeros se adelantaron á pedir la mano de Emilia.

— No puede ser, contestó sucesivamente; con vos, ni con vos, ni con vos, ni con nadie; estoy comprometida.

Miró al horario la desposada, nadie parecía. Los jóvenes se retiraron. Sonó la primera campanada de las doce: los ojos de Emilia se animaron con inusitada expresión; vaga y dulce sonrisa brotó en su boca: sonrisa y mirada no de mujer, sino de ángel que miraba al cielo.

La novia se puso en baile. En vez de fatigarse, como otras, nuevas fuerzas encontraba al fin de cada vuelta. Todas las parejas se pararon rendidas, y ella aun continuaba bailando; su vestido flotaba y descubría un pié elegantemente calzado con raso y hebillas de pedrería; el aire se perfumaba cruzando por entre sus negros cabellos; apenas tocaba al suelo en tiempos iguales con el talón, y su cabeza inclinada hácia atrás y sus ojos entreabiertos revelaban un dulce éxtasis.

Ninguno se atrevió á interrumpirla. El esposo hizo una señal á la orquesta para que poco á poco fuese apagando la voz de los instrumentos hasta extinguirse completamente. Emilia volvió entonces á su asiento: antes de sentarse hizo una profunda reverencia.

Había bailado sin que nadie le ofreciese la mano al levantarse del sillón, dando vueltas sola en armonioso torbellino, el brazo izquierdo extendido como si estuviera apoyado en la espalda de un caballero invisible, inclinándose hácia el ligeramente el cuerpo, la mano derecha tendida hácia adelante y como abandonada á la dulce presión de otra mano amiga, así como la hija del aire y de la fantasía pasa sin doblar los juncos de las lagunas.

— ¿Porqué has bailado sola, amor mio, habiéndote invitado tantos caballeros? la dijo Dionisio.
 — ¡Sola! Pues qué, ¿no he bailado con aquel caballero de ropilla negra y chambergo con plumas de igual color?
 — ¿Dónde está que no le veo?
 — Ahí bajo, junto al espejo. ¡Si nos está mirando!
 — Es extraño... yo no le veo... nadie le ha visto.....
 ¿Cómo se llama?
 — Se llama Ricardo, contestó Emilia ruborizándose.
 — ¿Ricardo? ¡Tú deliras!
 — Sí, Ricardo, mi amor, mi bien.
 — ¡Pero si Ricardo ha muerto!
 — ¿Ha muerto? ¿cómo? ¿cuándo?
 — Ayer á media noche le encontraron cadáver unos pescadores entre los árboles de la isla.
 Emilia bajó la cabeza y vió que de su cinturón faltaba la siempreviva, la flor de la constancia.
 — ¡Ah! murmuró con una sonrisa convulsiva. ¡Ricardo ha muerto!... dejadme morir...
 Y cayó espirante en brazos de Dionisio.

B. DEL BARCO.

Lo que es poesía

POR DON ANTONIO DE TRUEBA.

(Conclusion.)

El veterano se apresuró á complacer á Ana. Aquel día de gloria en que treinta mil veteranos franceses rindieron sus armas á los piés de veinte mil reclutas españoles, hambrientos, desnudos y casi inermes, pero inflamados por el santo amor de la patria y el recuerdo de la traición y la iniquidad que habian acompañado á los invasores desde el Vidasoa al Manzanares, aquel día de gloria era pintado por el anciano con tan vivos colores y tal entusiasmo, que nuestro corazón latía violentamente y las lágrimas escaldaban nuestra mejilla lo mismo que la del narrador.
 — Ana, dije yo, ¿se siente algo de lo que ahora sentimos, leyendo el libro que ha compuesto el banderillero?
 — No, nada de esto se siente.
 — Pues consiste en que en aquel libro no hay mas que versos, y en lo que cuenta ese anciano no hay mas que poesía.
 Poco despues fuimos todos á dar un paseo por la huerta.
 El mozo rubio se puso á cantar :

Te llaman la azulerita
 Porque te gusta lo azul;
 Por mas que lo azul te guste,
 Mas me gustas á mí tú.

— ¡Canta bien ese muchacho! dije. ¡Y es guapo chico!
 — Ya lo sabe mi hija, contestó Ana.
 La muchacha se puso coloradita como una rosa.
 — ¡Hola! ¡hola! Mariquita, con que todo eso tenemos?
 — Vaya, replicó Mariquita ahuecando la voz y poniéndose encendida como un clavel, ¡qué cosas tienen Vds!...
 — ¿Con que noviecito ya?
 — ¡Sí novio!...
 — Di que sí lo es, exclamó Pepito agarrándose de mis faldones y haciéndome burladero de las embestidas que le daba su hermana, llamándole picotero y otras picardías por el estilo.
 El gaterilla me hizo seña con la mano para que me inclinase; me incliné, y entonces me dijo al oído mirando de reojo á ver si se acercaba su hermana :
 — Mira, el otro día fuí con la Mariquita á la fuente y encontramos al rubio que tenía un clavel en la boca. El rubio le dijo á la Mariquita : ¡ bendita sea la madre que te parió! y le tiró el clavel. La Mariquita se puso muy alegre, y despues que se marchó el rubio, besaba el clavel, y tenía los ojos mojados. ¿Sabes tú que es eso?
 Iba yo á contestar que todo aquello era poesía, pero recordé que quien me lo preguntaba era Pepito y no su madre, y contesté al oído del niño :
 — Eso es que cuando los niños cuentan lo que oyen ó ven sin preguntárselo nadie, viene un pajarito muy feo, y ¡pin! les da un picotazo muy fuerte en la lengua.
 — ¡Anda, engañoso! ¡Ya no te quiero! dijo Pepito muy enfadado dejando en libertad el faldon de mi levita para ir á hacer presa en el vestido de su madre. A pesar de que habia aparentado no dar crédito á lo del picotazo, no debía tenerlas todas consigo, pues desde aquel instante llamó como un muerto, y noté que, así como quien no quiere, se tapaba la cara con las faldas de su madre cada vez que nos hacia la rosea algún pájaro.
 Recorrimos de un extremo á otro la huerta, que tenía honores de jardín, y estaba tan deliciosa como la tarde, y disfrutamos entre otras cosas, de una magnífica serenata que nos dieron los pájaros.
 Estos artistas sabian muy bien que aquellas no eran sus mejores horas de inspiración, pero dijeron : — ¡Qué demonche, hay que hacer de tripas corazón para obsequiar á los forasteros! y cantaron que se las pelaron.
 En una colinita que se alzaba á un extremo de la huerta, nos detuvimos silenciosos. El sol declinaba tras de las lejanas lomas de Occidente, y sus últimos y ama-

rilentos rayos bañaban de vaga y misteriosa luz la campiña. Allá á lo lejos se oían los cantares del labrador que recogía sus aperos para tornar á la aldea, y nos pareció que la apacible brisa de la tarde traía hasta nosotros el toque de unas campanas mezclado con los vagos rumores del monte y de la campiña y el murmullo del Guadarrama, cuya corriente parecia callar cuando la brisa no venia á acariciar nuestra frente. Murmullos, perfumes, cantos de pájaros, el sol tocando en el ocaso... todo esto sumia nuestro corazón en dulcísima melancolía.
 Miré en mi derredor. Mariquita y los niños habian desaparecido, y solo estaba á mi lado Ana, entregada á aquella especie de éxtasis que embargaba mis sentidos. Ignoro si mis ojos estaban húmedos, pero me pareció descubrir una lágrima en los de Ana.
 — ¡Qué pensativa se ha quedado Vd.! dije á esta.
 — ¡Pues mira quién habla! me contestó haciendo un esfuerzo para sonreír.
 — ¿En qué piensa Vd?
 — ¡En qué he de pensar! En mi marido, en mis hijos, en mis padres que estén en gloria, en mis hermanos, en... en fin, en todas las personas que una quiere ó ha querido.
 — ¿Y porqué piensa Vd. en ellas ahora con mas ternura y mas amor que otras veces?
 — Justamente eso le iba yo á preguntar á Vd. Señor, ¿qué será esta dulce tristeza, este cariño, esta gana de llorar que una siente cuando se para á ver como el sol se pone, y á escuchar todos esos ruidos confusos que el viento trae al anochecer?
 — Ana, ¿quiere Vd. saber qué es eso?
 — ¿Pues no he de querer?
 — ¡Eso es poesía!
 — ¡Bendita sea la poesía si es lo que ya me voy figurando!

IV.

— ¡Calla! pues sus hijos de Vd. se han despedido á la francesa.
 — Lo que es los niños se habrán ido á casa y estarán ya durmiendo como cachorritos. No es extraño con lo que esas criaturas bregan toáo el santísimo día, que parece tienen azogue en el cuerpo.
 — ¿Pero y la Marujilla?
 — ¿La Marujilla? Esa no hay que preguntar adonde ha ido : á hablar con el rubio, que se despepita por él.
 Dimos algunos pasos mas, y encontramos á Luis y á Pepito sobre un monton de oloroso heno dormidos « como cachorritos, » tranquilos, sonrosados, hermosos como el sentimiento que rellejaron los ojos de su madre cuando esta me dijo lanzándose á desahogar en aquellos pedazos de sus entrañas el sentimiento que poco antes la habia yo ayudado á definir :
 — ¡Mire Vd., mire Vd. qué alhajas de hijos me ha dado Dios! ¡Híiii! ¡ benditos seáis, que valeis vosotros mas pesetas que el rey de España!...
 Y Ana, chillando como una loca y comiéndose á besos á sus hijos, despertó á los gaterillas, que nos siguieron restregándose los ojos con los puños y haciendo pucheritos con la boca.
 En efecto, la Mariquita estaba hablando con el rubio, y así que notó que nos acercábamos, se dispuso á cortar el coloquio con un ¡ qué fastidio! que no se escapó á mi oído.
 Iba ya anocheciendo, y mis ojos no pudieron distinguir lo que la Mariquita hizo al despedirse de su novio; pero como á los ojos de las madres nada se escapa, Ana me dijo al oído para que no lo oyese los niños :
 — Mire Vd. qué condenada de chica : ha arrancado un pensamiento de la mata que hay al pié de la tapia, le ha dado un beso y se le ha echado al rubio. ¡Ha visto Vd. qué grandísima pícara!
 — Perdónele Vd. esa inocente fineza, en gracia del sentimiento que debe llenar el corazón de la pobre chica.
 — Ya, pero eso es muy mal hecho; eso...
 — Eso es poesía.
 La Mariquita se reunió con nosotros, y todos nos dirigimos hácia la casa.
 A la puerta de una de las inmediatas disputaban dos hombres con tal calor, que nos temimos concluirsen por venir á las manos.
 En lugar de subir al comedor por la escalerilla de madera, salimos á la calle por la puerta de la huerta con objeto de unir nuestros esfuerzos á los de otras personas que procuraban inútilmente aquietar á los contentientes.
 Apenas habiamos puesto el pié en la calle, tan, las campanas de la iglesia parroquial tocaron lenta y solemnemente á la oración.
 Todos los hombres, incluso los que disputaban, nos descubrimos la cabeza; todos nos santiguamos y todos guardamos silencio para pensar en Dios y en los seres queridos, así vivos como muertos.
 Me pareció que muchos de los circunstantes llevaban la mano á los ojos.
 Los que momentos antes disputaban sañudos, solo se dirigieron algunas palabras de reconciliación, y se separaron sin rencor en el alma, puesto que oí el nombre de Dios en sus labios.
 Ana se acercó á mí, llevando por segunda vez el pañuelo á los ojos, y me dijo en voz baja :
 — Una pregunta, y si me contesta Vd. lo que espero, acabo de comprender lo que es una cosa que toda la vida he sentido y hasta hoy no he sabido qué nombre darle. Esto que todos hemos presenciado y esto que todos hemos sentido, ¿qué es?

— Es poesía.
 — ¡Ah! ¡lo repito, bendita sea la poesía, que viene á ser todo lo noble, todo lo hermoso, todo lo dulce, todo lo tierno, todo lo santo que una siente en este mundo!
 — ¡Sí, Ana, sí! exclamé estrechando la mano de aquella mujer.
 Y volviendo el pensamiento á ese inmenso farrago de palabras, que escritas forman renglones desiguales, y habladas se pueden cantar, que toda la vida he estado viendo en libros y periódicos, y oyendo en banquetes y teatros, oí á mi corazón que decía :
 — ¡Atrás, impostores, que porqué teneis mas ó menos páginas del Diccionario en la memoria y vuestro oído distingue una frase de ocho sílabas de una frase de nueve, os dais el nombre de poetas! ¡Atrás, los que llamais virgen sin mancha á la ramera desvergonzada, haciendo así que el mundo confunda á la virgen con la ramera y á la ramera con la virgen! ¡Atrás, los que os llamais poetas y no sentís calor en el corazón ni lágrimas en los ojos, cuando un niño tiritita de frío ó desfallece de hambre, ó cuando el sol desciende al ocaso, ó cuando las campanas recuerdan á Dios y á los muertos, ó cuando glorifica á la patria el heroísmo de sus hijos, ó cuando la virtud resplandece en la vida pública ó en la vida del hogar! ¡Atrás, y dejad el nombre de poetas á los que sienten así, ya sepan expresarlo con cadenciosos versos ó pulida prosa, ó ya solo con rudas y balbucientes frases! ¿Quién os ha dicho ¡mezquinos! que puede darse el augusto nombre de poeta al que sabe combinar mas ó menos hábilmente cierto número de palabras? ¿Quién os ha dicho que tienen un mismo nombre, Dios que crea un ser que piensa y siente y ejecuta, y el hombre que crea un autómatas que ejecuta y no piensa ni siente?
 Esto decía mi corazón, y esto escribo para vergüenza de los banderilleros que componen versos, y para gloria de los que llevando en su seno la poesía, caminan noblemente con ella, aunque sientan frío en el cuerpo y en el alma, y se niegan á hacerla bailar sobre el lodo de la calle, por mas que les griten desde los balcones :
 — ¡Házla bailar, házla bailar y te echaremos cuartos!

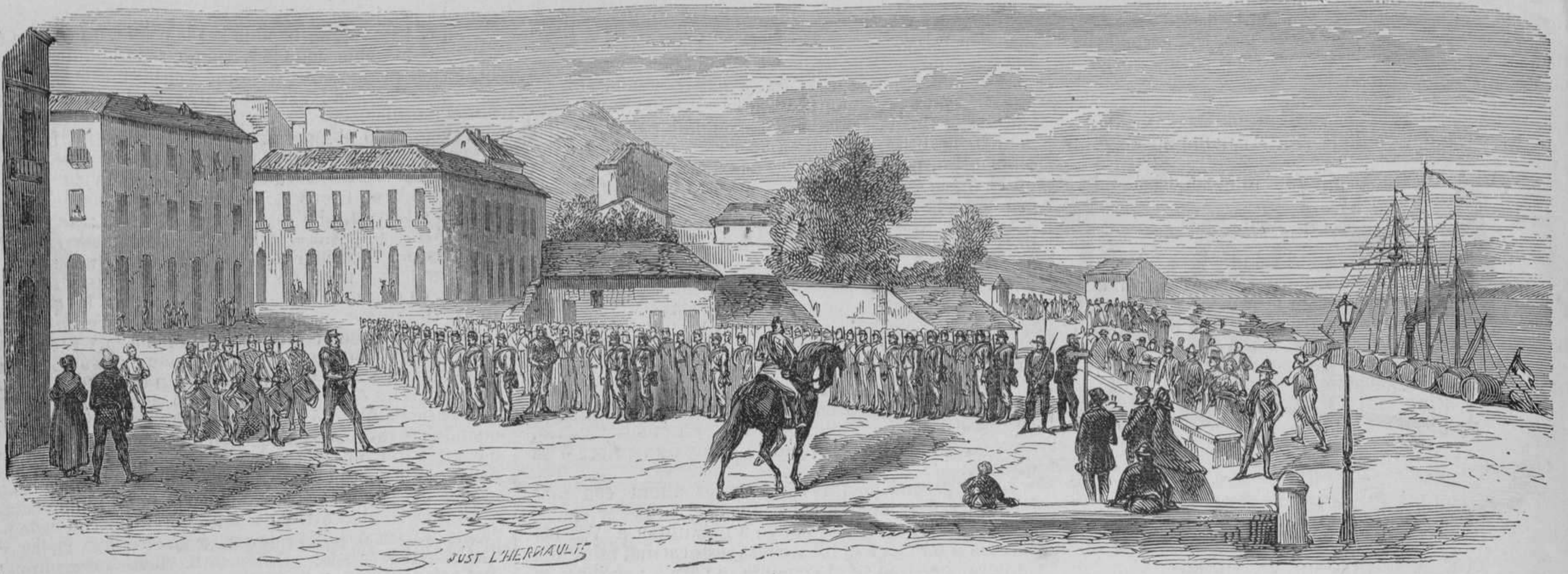
V.

Renuncio á explicar lo que es poesía por mas que los brios con que comencé mi tarea hicieran esperar otra cosa á los que no conocian cuán débiles son mis fuerzas.
 Está visto que la teoría no es mi fuerte.
 Escribo estas últimas líneas en Villaviciosa, y siento á los gaterillas acercarse á mí asidos de las faldas de su madre. ¡Dios quiera que no se les antoje averiguar lo que tiene dentro este artículo!
 — ¡Hola! ¡hola! me dice Ana, ¿se trabaja?
 — Sí, aquí estoy devanándome los sesos á ver si puedo explicar lo que es poesía.
 — ¡Vaya si podrá Vd.! Que me lo pregunten á mí.
 — Es que hay mucha diferencia entre la práctica y la teoría.
 — Santo varon, déjese Vd. de teorías y enseñe con la práctica.
 — Ya, pero como tengo que entenderme por escrito con el coro de ángeles que lee el *Correo de la Moda*...
 — ¡Eh, qué no son Vds. para nada! ¿Tiene Vd. mas que escribir de qué modo me enseñó á mí!
 — Ya está escrito.

Nuevas operaciones de Garibaldi.

Garibaldi ha dejado la Sicilia para ir á operar en las provincias de tierra firme juntamente con las tropas que le precedieron, y todos los desembarcos han tenido lugar sin que se haya opuesto á ellos seriamente la marina napolitana. Lo opinion mas acreditada entre los partidarios de la revolucion, es que las tropas de tierra no harán una resistencia mas eficaz, si se exceptuan los regimientos extranjeros.
 Garibaldi, antes de embarcarse, dirigió desde Mesina la siguiente proclama al pueblo napolitano :
 « La oposicion del extranjero, interesado en nuestro decaimiento y en nuestras intestinas disensiones, ha impedido que la Italia se constituyera.
 » Parece que la Providencia ha puesto ya término á nuestras desgracias... La unanimidad de las provincias y la victoria propicia en todas partes á las armas de los hijos de la libertad, son garantía de que los males de esta patria del genio se acercan á su fin.
 » Aun queda por dar un paso... No lo temo. Si se ponen en parangon los débiles medios que condujeron á un puñado de valientes hasta este estrecho con los enormes recursos de que disponemos en el día, cualquiera puede juzgar de que la empresa no es ya imposible.
 » Quisiera no obstante evitar entre italianos la efusion de sangre, y este es el objeto que me induce á dirigirme á vosotros, hijos del continente napolitano.
 » He conocido que sois valerosos; quisiera no experimentar todavía. Nuestra sangre la derramaremos juntos sobre los cadáveres de los enemigos de la Italia. Haya tregua entre nosotros.
 » Aceptad, valientes, la mano que nunca ha servido á ningun tirano, pero que se ha hecho callosa en servicio del pueblo. Os pido que constituyamos á Italia sin el sacrificio de sus hijos... Con vosotros quiero servir y morir por ella.

» Mesina 6 de agosto de 1860. — G. GARIBALDI. »



SAIIDA DE MESINA DE LAS PRIMERAS TROPAS PARA LA EXPEDICION DE CALABRIA.



EL P. GARAZZI PREDICANDO LA INSURRECCION EN LA PLAZA DEI CROCFIERI EN MESINA.



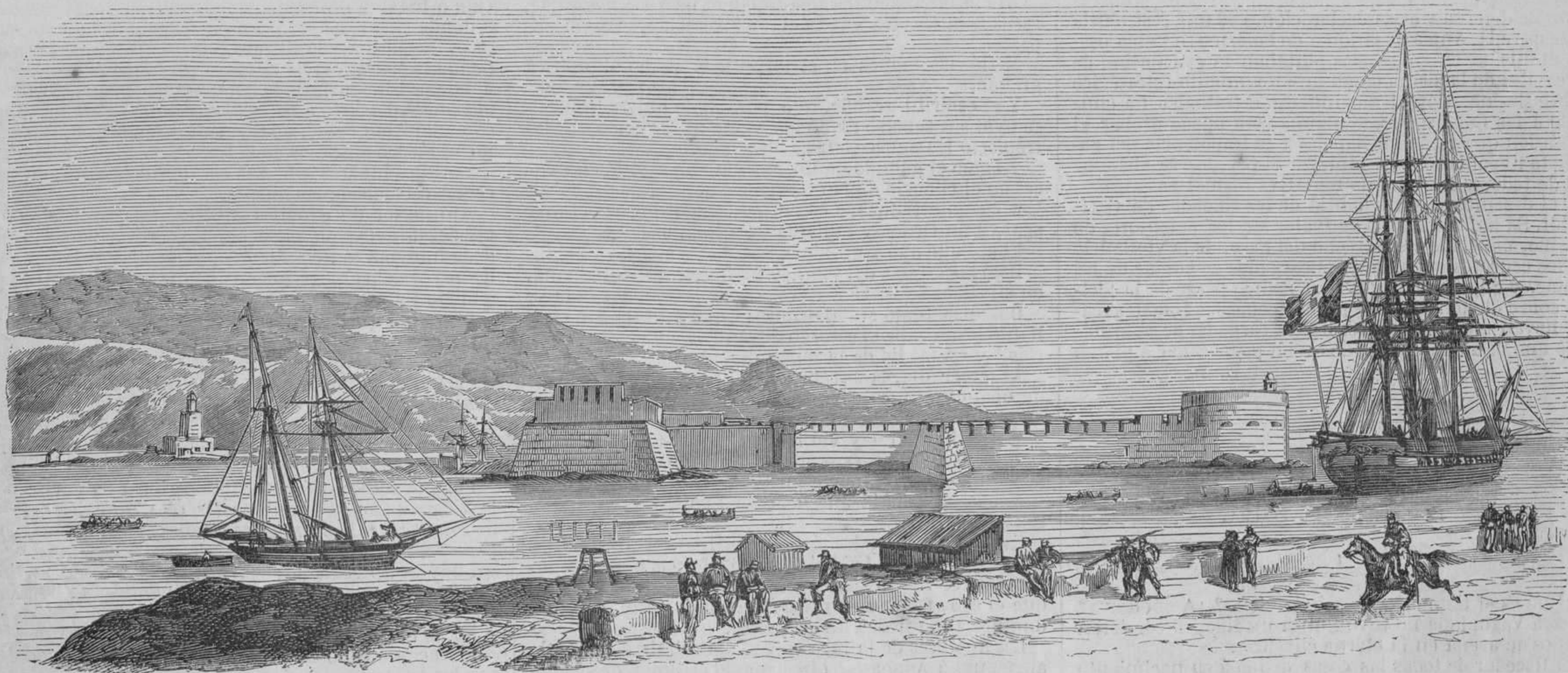
DESEMBARCO EN LA COSTA DE CALABRIA DE 250 HOMBRES MANDADOS POR LOS MAYORES MISORI Y CATABENI.



CARRETA TRASPORTANDO HERIDOS.



LOS VIVERES, SERVICIO DE MAÑANA.



LA LINTERNA Y EL FUERTE SAN SALVADOR, EN MESINA, VISTA TOMADA DE PORTO SALVO.



IGLESIA DE SAN ESTEBAN; SEPULTURA DE LOS FRANCESES VICTIMAS DE LAS VISPERAS SICILIANAS.



UNA POSADA EN EL FARO.

Apenas desembarcado, Garibaldi se apoderaba de Reggio después de un combate bastante reñido, y las tropas se refugiaban á la fortaleza. Hoy sabemos que también esta fortaleza se rindió. Fuerzas considerables dirigidas por Cosentz atravesaron el estrecho de Mesina, y se asegura que la cifra total de los voluntarios procedentes de la Sicilia forma en la Calabria un ejército de 20,000 hombres, que se aumentará necesariamente con todos los voluntarios calabreses y los soldados reales que al fin de cada combate se pasan á las filas de los invasores. Un parte ha anunciado la defección de dos brigadas napolitanas.

Garibaldi comienza en la tierra firme, como principió en la Sicilia, por victorias; pero no sabemos cuál será la resistencia que le opondrá el ejército napolitano en el continente. El ministro de la Guerra general Pignelli ha adoptado un sistema de defensa que consiste en concentrar el grueso de sus tropas en torno de Nápoles, que considera como la clave de la posición, y ha ordenado igualmente la formación de campos militares en Puzzoles, en Pausilippo, en Portici y en Torre del Greco. Esta medida tiene por objeto cubrir la capital y hacer imposible un desembarco de garibaldinos en el mismo golfo de Nápoles. Habían propuesto al rey que pasara á fijar su residencia en Gaeta, pero Francisco II habría declarado que no abandonará su capital, y que llegada la hora de rechazar al enemigo, sabrá ponerse al frente de sus tropas.

Mencionamos sin darles importancia estos preparativos de defensa y estas declaraciones de una resistencia desesperada. Antes de la toma de Palermo se había usado el mismo lenguaje. Nos pintaban la evacuación de la capital de la Sicilia como un movimiento estratégico sobre Mesina. Hoy el movimiento estratégico ha cundido á las Calabrias, y si alguna cosa puede probar el desorden que reina en Nápoles y la impotencia del gabinete napolitano para proteger al rey, es ese abandono de todo, y esa falta de tentativa formal para impedir el desembarco en Calabria de los soldados de Garibaldi. Se había hablado del valor de los defensores de Mesina, esa clave del estrecho del Faro, de la vigilancia de los cruceros napolitanos encargados de cuidar de las costas, y 20,000 hombres han podido pasar de la Sicilia sobre el continente, sin que apenas las fragatas reales hayan molestado á esas barcas cargadas de voluntarios que una simple bala de cañon podía echar á pique.

E. T.

Tradiciones de América.

LA LEYENDA DE FINIMA.

I.

¿Qué es el tiempo? ¿De dónde viene? ¿A dónde va?

Para Vagoniona no tuvo nunca medida, ni corrieron granos de arena en la eterna clipsidra.

El Hacedor de todas las cosas dispó á su nacimiento las sombras del bátrato, y á sus ojos hizo la luz.

Y Vagoniona la amó tiernamente, y de ella nació Finima.

Finima, que debía redimir el género humano.

Pero se creyó la mejor obra de la creación; abrigó en el alma la ingratitud y la soberbia, y por eso Dios la maldijo.

Maldita y condenada á la peregrinación infinita, era la mas hermosa de las mujeres.

Dios le hizo el alma del fuego.

La pureza, del rocío de la mañana; el cuerpo, del perfume de las flores; los ojos, del brillo de las estrellas; la voz, del canto de las aves; el color, del blanco pálido de los lirios.

Finima, hija inmortal de Vagoniona, padre de la raza haitiana, estaba condenada á vivir en la tierra sin envejecer nunca.

El invierno y el estío, la noche y el día, eran indiferentes á la sensibilidad de su cuerpo y de su alma.

En vano la destrucción devoraba á su alrededor todas las cosas.

Ella no se ocupaba de la vida ni de la muerte; — su primavera debía ser eterna, y como espíritus eternos no piensan en el principio ni en el fin, Finima no fatigaba en vano su entendimiento.

Cuando pudiera dejar de ser, solo Vagoniona lo adivinaba en la profunda ciencia; de la cabeza de Finima debían brotar todas las ciencias.

En su mano estaba el poder de paralizar, trasformando la existencia de las cosas creadas, pero no podía dar ni la vida ni la muerte.

Era inmortal, sin generación de inmortales.

Estaba condenada por su hermosura celestial á ser amada de todos sin poder amar nunca.

¡Pobre Finima!

Cincuenta generaciones, descendientes de Vagoniona, habían desaparecido de la superficie de Haití.

En las cuevas de Cazibaxaqua, durante el diluvio que cubrió el mundo, después del diluvio que dejó asolada la tierra, se encerraron los indios para salvarse de la ira del Señor de la tierra y del cielo.

Los últimos descendientes de Nacari, que debían continuar la familia de los hombres, desde entonces no volvieron á salir de la oscuridad de las cuevas.

Tenían miedo del sol, porque todas las mujeres habían muerto, y solo quedaba Adonaya, la mejor de las hijas del gran cacique Machokael.

La raza haitiana estaba pendiente de un ligero hilo, que podía romperlo el mas leve soplo del viento de la destrucción.

Adonaya no salía del recinto de Cazibaxaqua.

Los jefes de la tribu la contemplaban melancólica, viendo acabarse hora por hora la esperanza del linaje amarillo.

Huacari lloraba sin consuelo: debía responder á Machokael de la generación de los hombres, y los hombres irán desapareciendo de la superficie de la tierra.

En aquellas profundas cuevas había nacido un cacique llamado Fuey.

Su espíritu era taciturno.

Sus ojos dulces como la claridad.

Quería un imposible, amaba á Finima, el ángel maldito; y Adonaya amaba á Fuey...

El cacique para la dulce virgen era amargo como la retama; ingrato como el jaquey.

Finima, que podía trasformarse en el perfume de las flores, en el cántico del ruiseñor, en la luz del alba, en la espuma de los mares, una noche, al salir la luna, se durmió entre las sombras, y envuelta en nubes de nácar y oro, fué á despertar á las orillas de Ornofay, en la isla mas grande del archipiélago americano.

Fuey, que había abandonado para siempre la oscuridad misteriosa de las cuevas de Cazibaxaqua para vivir a la luz ardiente del sol en las crestas erizadas del Pani, la vió pasar entre nubes.

Al eterno manantial que forma el lago de la muerte, residencia en otra edad del dios Biajiaxa, dirigió sus pasos.

Metió las manos en el torrente y llamó al espíritu grande.

Y el espíritu grande, que por donde quiera sopla y se oye, sin saberse de dónde viene ni á dónde va, estremeció las aguas con sus alas vaporosas.

Y como el gemido de un moribundo, repitió tres veces en el silencio de la oscurísima noche:

« Tú quieres luchar con el genio malo: cruza el mar azul, y en Ornofay hallarás á Finima. »

El cacique oyó aturdido la voz de la muerte.

Bajó las crestas del Pani, y al despuntar la mañana, en su canoa se lanzó á navegar por las ondas salobres.

Dos días remó sin descanso; qué estrella tan brillante le indicaba el camino durante las horas de la claridad y en medio de la tenebrosa noche!

Al tercer día, la aurora, columpiándose entre nubes de ópalo y oro, salpicando las flores de perlas, levantó en el límite del horizonte al amoroso padre de la luz, y á esa hora, Fuey vió las playas de Ornofay, poco tiempo después pisó sus arenas y principió á cumplirse la voluntad del grande espíritu.

Adonaya, con la ausencia de Fuey, estaba triste, muy triste....

Con su tristeza, los árboles inclinaron mustias las marchitas ramas. La brisa no rizaba las aguas de los arroyos; el viento gemía con una pena tan misteriosa, que el eco apenas se atrevía á llevar su lastimera pesadumbre á la soledad de los mares.

Los hombres de la raza vagoniona miraban llenos de amargura á Adonaya, ofreciéndole el amor de sus almas afligidas.

Pero la desconsolada virgen amaba á Fuey, y el amor de Fuey era la vida de la enamorada cacica, — treinta noches apareció la luna rodeada de sangre, — los nublados densísimos hicieron imposible la claridad del sol.

Los hombres de las cuevas de Cazibaxaqua lloraban afligidos á los pies de Adonaya, que los miraba con la postración de la muerte; su pobre corazón no podía levantar las heridas alas.

Al cielo llegó el lamento de los indios de Haití; Finima lo oyó también en las riberas de Ornofay, donde residía el sabio Aicorva.

Cerca del Canimar y frente la playa, donde desembocan los rios que se sepultan en el mar, bajando la cumbre dividida por la mano de Machokael, donde los ojos del hombre se perdían en la llanura inmensa, sembrada de corpulentos árboles, tan antiguos como la vida.

Brotaban arroyos cristalinos; por todas partes se divisaban bosques de flores, las mas bellas y olorosas de la creación.

Allí cantaban todas las aves del cielo: allí descollaba la palma, el dulce tamarindo, el morado caimito, el verde aguacate, el mamey amarillo, el mango de todos colores, y la tierra era una alfombra de hojas aromáticas. Allí las márgenes de los rios eran de lirios, el calor del sol suave, porque la brisa lo refresca con amorosos besos.

En aquel paraíso, la claridad de la luna se dormía entre árboles espesos de una altura extraordinaria y con una tristeza indecible.

En ese valle tan espléndido y magnífico, Finima había tendido su cendal de virgen inmortal, y en el tronco hueco de una ceiba que llegaba á las nubes, con sus propias manos levantó su morada bajo una verde madre selva sembrada de flores.

Allí habitaba la virgen desnuda, como Vagoniona á la luz del sol y de la luna y al resplandor tímido de las estrellas.

Y como había recibido de su padre el don de trasformar la naturaleza de las cosas creadas, lo que tocaba su mano delicada ó miraban sus lindísimos ojos, quedaba herido de su poder mágico y condenado al encantamiento eterno.

Y por eso Finima, que era buena, jamás fijaba con amor los ojos, ni había tenido odio ni compasión de nadie, ni se acercaba á ánima viviente.

Era la hija maldita de Vagoniona, padre de los hombres: y maldita del Señor Dios, estaba condenada al desamor en la soledad eterna como los reyes de la tierra. La virgen, en su grandeza de espíritu inmortal, había inclinado la frente y cumplía resignada la voluntad de Dios.

¡Ay del desgraciado á quien hubiera sonreído amorosamente!

Fuey, loco de amor, la había seguido á las riberas de Ornofay.

Pero el cacique no encontraba á la virgen.

El desgraciado, llorando de día y de noche, la buscaba por los espesos bosques y las vastas llanuras; por las cumbres y las encrucijadas inaccesibles.

Desesperado de no encontrarla, ahogándose entre los dos rios, que van á confundir sus aguas en la gran concha que principia en la desembocadura del Canimar, cuyas orillas cubiertas de flores son la admiración de los nacidos.

En esas cuevas, donde Dios había sembrado todas las maravillas de la naturaleza para asombro de la inteligencia creadora.

Las estalactitas transparentes formaban innumerables y magníficas estancias.

Cien bóvedas blancas como la nieve, sostenidas por pilastrerías simétricas y fantásticas deleitaban los ojos.

Largos corredores incrustados de oro y azul, conducían á lugares profundos y de increíble magnificencia, á donde la luz del sol iluminaba, penetrando por agujeros hechos por la filtración en multitud de siglos, y donde la sombra vivía desde el principio del mundo, y donde la luz, curiosa de contemplar tantos misterios, descendía del cielo á bañarse en corrientes de nieve que con tremendo ruido, en hirvientes remolinos, se sepultaban en las entrañas de la tierra.

En unos lugares sofocaba el calor incipiente; en otros el frío estremecía los huesos.

Al interior de aquellos subterráneos no llegó el ángel del diluvio; en ellos había sobrevivido á la ruina de la humana especie Aicorva, y en ellos, abrasado por los rayos del sol, extenuado de fatiga, había entrado el afligido Fuey.

Se había quedado dormido á la orilla del torrente que nace y se derrumba resonando como la voz de la eternidad por aquellas soledades infinitas, cuando sintió sobre el pecho la presión de una mano delicada.

Al abrir los ojos vió á Finima sentada misteriosamente á su lado. La virgen apoyaba la cabeza sobre su mano izquierda, recordando con tristeza los primeros días de su vida.

Fuey la contempló enternecido; iba á hablarle; pero la virgen bajó tímidamente los ojos, que los cubrían de sombra sus larguísimas pestañas, y como un relámpago desapareció de su presencia.

Fuey quiso seguirla; corrió tras ella como un loco por las profundidades; á gritos la llamó en el sepulcral silencio.

Nadie respondió á sus lamentos.

El cacique salió á la luz de la luna por los montes, por las orillas de los rios, y en ningún lugar encontraba á la virgen.

Buscándola amaneció el sol; parecía un volcán de rubies rodeado de oro.

El cielo estaba azul. — Los pájaros cantaban alegres y los arroyos corrian salpicando las flores matutinas; la brisa columpiaba el ramaje verde de las palmas y llagrumas, y todo saludaba misteriosamente el amanecer. — Todo sonreía, todo... y el cacique Fuey no levantaba los ojos del suelo para bendecir aquel cuadro solemne de grandeza y de armonía.

Los que están afligidos tienen la cabeza como los sauces, inclinados siempre sobre la tierra para dar sombra á los sepulcros, melancolía á la soledad, y hastío al egoísmo de los necios...

Sin esperanza, el cacique subía la gran montaña que dominaba el valle, donde acababa de morir el gran Aicorva. Fuey tuvo sed; llegó á la margen de un arroyo cristalino, bebió sus aguas y sintió calor en el corazón, y al tender por la llanura sus ojos nublados, vió que á su rededor la tierra estaba sembrada de nardos, lirios y azucenas, acabadas de abrir al aura celestial de la mañana.

Arrancó de su rama un lirio y oyó un ¡ay! que le traspasó de angustia el corazón: el cacique admirado lo dejó caer sobre la tierra, y fijando la vista en aquel mar interminable de flores, en un sombrío de madre selvas y aquinaldos, vió á Finima que cogía en las orillas de un arroyo mórados romerillos.

— ¡No huyas, amor mio de mi alma! le dijo temblando de que su voz espantara á la virgen.

Finima lo miró melancólica.

— Desgraciado, le respondió, tú no ves que el cielo va á castigarte.

Y la virgen, con sus romerillos, llegó al lado del cacique que le tendió las manos suplicantes.

II.

Finima desnuda; hermosa como el cielo azul cubierto de estrellas; con sus pechos redondos, mórvidos, como grupo de nubes; con sus cabellos sueltos al blando viento; coronada de flores olorosas, se detuvo delante del cacique.

Del cacique, que arrebatado por la locura inmensa del amor, le dijo tiernísimamente:

«Hija de Vagoniona, si me amas, ángel hermoso, dame esas flores.

»Hija de Vagoniona, si me amas, lirio del alma mía, mírame con tus ojos de paloma.

»Hija de Vagoniona, estrella azul en la noche de mi vida, si me amas, bésame con el beso de tu boca para que de amor se estremezcan mis entrañas.»

La virgen, sin desplegar sus labios se acercó al cacique, lo miró como si la muerte le rompiera las alas del espíritu, y con profunda tristeza le dió, bañado en lágrimas, un ramo de romerillos morados.

El cacique cogió turbado las apacibles flores, que se le cayeron de las manos.

Las levantó de la tierra y de nuevo volvieron á caer-sele.

«Finima, necesito para atarlas uno de tus cabellos,» le dijo turbado el indio.

«Fuey, exclamó la virgen abriendo los ojos, donde el miedo asomaba nublado de palidez el semblante: no ves que Vagoniona va á castigarte desde el cielo.»

«Finima, volvió á decir el indio, dame uno de tus cabellos para atar estas flores y guardarlas toda la vida al calor de mi corazón, aunque Vagoniona me condene al fuego eterno.»

«Tu lo quieres,» respondió la virgen inundados los ojos de lágrimas; y con sus manos, como ramos de lirios abiertos al amanecer, se arrancó de las sienas unos cabellos como hebras sutísimas de oro: con ellos ató los morados romerillos, y besándolos con el beso de su boca, se los dió al enamorado indio, que conmovido de agradecimiento besó las flores y aspiró su aroma, y al estrecharlas contra su corazón, como si se le acabase la vida, dió un suspiro, exclamando moribundo: *yumury, yumury*, cayendo sobre la tierra para convertirse en ruiseñor y tender al aire sus ligeras alas.

Finima al verlo convertido en ruiseñor lloró mucho. A gritos pidió á su padre Vagoniona la trasmudación de Fuey á su antigua existencia... pero debía cumplirse el destino.

Finima no podía amar cosa creada: había desobedecido á su padre Vagoniona, y en pena la trasmudación de Fuey debía durar hasta el fin de los siglos.

La raza de los nacidos llegaba á su último instante, y parecía imposible que ningún ser humano viniera á Ornofay á salvar á Fuey de su encantamiento.

La virgen desconsolada, con sus manos temblorosas, colgó el ramo de romerillos atado con sus cabellos encantadores en el tronco de la ceiba, á cuyo pié había caído el desgraciado Fuey, y apoyada en él comenzó á llorar su pena; con muchas lágrimas regó Finima las raíces de aquel árbol antiguo como la creación.

Así pasaron los días; así los meses y los años; desesperada la virgen de que el sol no consolarla su pena, se ocultó en la oscuridad de las cuevas, y á la claridad de la luna salía á correr las montañas ó á bañarse en las transparentes ondas del Canimar para volver siempre á sentarse meditabunda en el rincón de la oscura cueva, donde por la primera vez puso la mano sobre el corazón del encantado Fuey.

Con la tristeza de su amargura vivía la virgen oyendo el canto misterioso del ruiseñor.

En Haití, la raza de los hombres desconsolada y enferma había desaparecido de la tierra, — la muerte se sentaba tranquila en las orillas del Pani, pronta á tender las alas á la región eterna.

Solo Adonaya había sobrevivido al linaje de los hombres, y era el último hilo que podía romper el espíritu de la muerte, y por eso los ojos del ángel del sepulcro se paseaban torbos é intranquitos por la superficie de la tierra.

Adonaya se preparaba á morir en su inquieta amargura, la desconsolada india subió como Fuey á la cumbre del Pani: impulsada por un poder sobrenatural, se lanzó al fondo del lago sagrado.

Buscaba en la muerte la vida; pero al caer en las aguas tuvo gran dolor en la frente; perdió el sentido, y cuando volvió en sí, despertó en el fondo en una cueva azul tachonada de estrellas brillantes. En la entrada se sentaba un anciano tan viejo como el mundo.

La barba le caía rizada sobre las membrudas manos, donde apoyaba la cabeza venerable.

«Adonaya, le dijo, cuando la asombrada india pudo con los ojos del espíritu comprender su gran origen: yo soy Vagoniona, padre del linaje de los hombres; esta es la puerta de la eternidad; por ella entran los espíritus que han cumplido bien su misión sobre la tierra; tu hora no ha sonado todavía; cuando vuelvas á ver la luz, cruza el mar, llega á Ornofay y dirige tus pasos á donde oigas el canto del ruiseñor; y cuando el cielo azul se cubra de nubes y no brillen las estrellas, duerme bajo la ceiba mas corpulenta que miren tus ojos, y aguarda allí á que se cumpla el destino.

»Del amor de tu corazón debe renacer la raza de los haitianos. Adonaya, bendecida del Señor, vé á Ornofay.»

Adonaya desde el fondo del lago, como ligero pez, salió á la superficie y se sentó pensativa y asombrada en la orilla del Pani sobre la negra piedra.

Hasta la venida de la luz hizo oración, y cuando el sol brilló en el horizonte, en su ligera canoa, empujando los remos atravesó el mar, y empujada por los vientos llegó á Ornofay.

¡Qué de palmas guardaban aquella orilla feliz! ¡Qué de flores coronaban las cumbres! ¡Cuántos pájaros armonizaban la soledad misteriosa de las llanuras!

¡Qué aromas perfumaban el aire!...

¡Qué fresca esparcían en alas de la brisa los claros torrentes!

Ornofay era el paraíso donde Vagoniona había dispuesto la regeneración de la raza de los hombres.

Adonaya puso el pié en sus blancas arenas; y la mar deshizo contra las rocas la frágil canoa.

La india fué internándose poco á poco en la playa desierta y luego en la verdísima llanura.

¡Qué silencio! ¡Qué voz de eternidad tan elocuente!

Adonaya tuvo sed; los cocoteros dejaron caer á sus piés el trasparente licor de sus altísimas cabezas encerrado en sus vasos de ébano.

Tuvo hambre; las guanabanas, los caimitos, los mangos y los mameyes inclinaron sus ramas cargadas de sus dulces y aromáticos frutos.

Quiso entregarse al descanso, los mirabolanos y las ceibas cubrieron la tierra de sus chopos blancos, mas finos que plumas de aves ligeras.

Al quinto día de divagar por Ornofay, la virgen llegó á Canimar.

¡Qué orillas tan apacibles! ¡Qué guirnaldas de flores entretejan los árboles corpulentos: como cristal eran transparentes sus apacibles ondas!

A nado las pasó la india, y continuando el camino, cruzó dos ríos, subió á la cumbre, bajó al valle y entró por fin en las sagradas cuevas, mansion en otros días del sabio Aicoroa.

El silencio reinaba en la mansion misteriosa del cacique, admirador de las cosas futuras, que había sobrevivido al diluvio para conservar á los hombres todas las ciencias inventadas y sabidas.

A la entrada de la gran cueva estaba sentado su cuerpo rodeado de perlas y granos purísimos de oro.

Aicoroa era el último varón santo de la raza amarilla descendiente de Machokael.

Adonaya oró al lado del cadáver.

La luna se envolvió entre negríssimos celajes. Las estrellas recogían su vívida luz.

La brisa no agitaba las hojas de los árboles, y todo en la tenebrosa oscuridad repetía solemnemente el nombre bendito de Dios, que en todas partes es el mismo, Señor del cielo y de la tierra, y del cuerpo y del alma de los vivientes.

Adonaya no podía mas ni con la tristeza ni con la vida.

Alzó los ojos á su padre Vagoniona, y sintió en el alma un dolor como de herida de flecha.

Con las manos cruzadas quería darle alivio al corazón apretándolo violentamente; pero el infeliz, hecho pedazos, quería salir del pecho.

Cansada de pesadumbre, Adonaya se sentó al pié de una ceiba tan antigua como el mundo.

Desde sus ramas, cinco veces cantó el ruiseñor; la luna seguía envuelta entre oscuras nubes, y la india, llenos los ojos de lágrimas, se quedó adormida.

El ruiseñor volvió á cantar: su gorgojo era una melodía interminable de dolor y de tristeza.

Cantó la sétima vez, y del espeso bosque se levantó una vision vaporosa, como sombra de mujer, desnuda y blanca como un lirio y rodeada de perfume y de disco azul, amarillento y rosado, del arco iris.

Era Finima, hija de la luz, coronada de curias y de hojas de jaqueime, que se adelantaba silenciosa.

Le señalaba el camino la mano invisible de Vagoniona, debía cumplirse la voluntad de Dios, y la raza de los hombres salvarse de la ruina total para vivir hasta la consumación de los siglos.

Adonaya dormía; en su frente brillaba un punto azul del color de las estrellas, y sobre su cabeza estaba el ramo de romerillos, encantado misteriosamente con los cabellos de Finima, que había convertido en ruiseñor al desgraciado Fuey.

Y que así debía permanecer hasta el último día del mundo, si la mano de una mujer, rompiendo los cabellos, no quebrantaba el encantamiento.

Finima llegó hermosa como un ángel delante de la infeliz Adonaya; la vió pálida como flor de tamarindo y moribunda como alma que se acerca al límite de la vida, y tuvo compasión...

Y aunque condenada á no ser madre, ni poder amar á nadie en la tierra, sintió un dolor que le dividía de angustia el alma.

La pobre virgen miró con odio, luego con celos, y al fin, como era grande é inmortal, con dulce piedad: se acercaba la hora del destino.

Adonaya quiso abrir los ojos. En su profundo sueño el dedo de Vagoniona rompía el velo del pasado, disipando las sombras impenetrables del porvenir.

Y cuando contemplaba asombrada aquel cuadro extraordinario, Vagoniona le dijo con acento profundo:

«Desata esas flores que están sobre tu cabeza, para que la raza amarilla no se acabe nunca. Tuya es la eternidad.»

Adonaya, dormida aun, tendió las manos para coger el ramo de romerillos, suspendido en el tronco de la ceiba.

Pero Finima se lo arrancó de las manos para estrecharlo convulsiva contra su corazón; y mientras lo abrasaba con besos amorosísimos, Adonaya tendía violentamente las manos, rompió los cabellos de Finima que las ataban, y las moradas flores, marchitas por el soplo del tiempo cayeron deshechas sobre la tierra.

Entonces cesó el canto dolorido y melancólico del ruiseñor.

La luna rompió los celajes oscuros, y grande y brillante como escudo de plata llenó los ámbitos de la creación.

Finima, herida del rayo, dió un agudo grito, y cayó sin sentido al lado de Adonaya.

De la superficie de la tierra se levantó entonces una

nube color de rosa; de su centro, trasparente como claridad del relámpago, salió Fuey.

Fuey, que anegado en lágrimas no osaba levantar la cabeza delante de Adonaya.

Pero la india abrió los ojos, y loca de amor y de alegría se arrojó con la velocidad de una paloma que busca su nido, al cuello del cacique.

Entonces resplandeció sobre la frente de Finima la estrella de la mañana.

Y se levantó de la tierra; y poniendo la mano derecha sobre la cabeza de Fuey, le dijo con amorosa ternura:

«Has dormido diez años encantado en el amor divino de mi corazón; mis cabellos te han aprisionado largo tiempo. Vagoniona quiere que mi raza inmortal desaparezca del mundo para que no escalen el cielo, ni conozcan el camino de la eternidad los hijos de la muerte y de la vida.

Cúmplase su voluntad. Mi martirio es la redención de la raza de Haití.

Adonaya es la escogida: que ella te adore tanto como la diosa Finima, hija inmortal de Vagoniona.»

Y poniendo sobre la cabeza de los amantes la verde guirnalda que adornaba su frente, tendiendo las alas al cielo, desapareció entre la pálida claridad de la tranquila luna.

Adonaya y Fuey sorprendidos se abrazaron amorosísimamente.

La noche recogió su manto de oscuridad profunda. Por la mañana el sol alumbró la tierra.

Y desde entonces, aquel lugar risueño y misterioso se llamó valle de Yumuri. Las cuevas donde vivió, Aicoroa y Adonaya, cuevas del Yumuri; y las orillas del río donde estuvo encantado Fuey, y donde por la primera vez se oyó el canto del ruiseñor, río del Yumuri.

Esta es la tradición de Finima, hija de la luz y de Vagoniona, padre de los hombres.

Diepe 15 de agosto de 1860.

JOSÉ GUELL Y RENTÉ.

La fabricacion de sombreros de paja

EN LA SELVA NEGRA.

La fabricacion de sombreros de paja es la mas antigua de las industrias de la Selva Negra. El centro de esta fabricacion se halla en Triberg, pueblecillo situado en lo alto de una montaña, al que se llega por el valle del Kinsich. Dos hileras de casitas rústicas forman la calle Mayor, que se termina á un extremo por una cascada que se despeña en nueve saltos sucesivos por medio de rocas y de abetos. En estos últimos tiempos se ha importado la fabricacion de los jipijapas y de los sombreros de paja de Italia. En un principio solo se hacian los sombreros que gastan los aldeanos del país; unos de paja pintada y charolados, y otros de paja mate y guarnecidos de borlas encarnadas para las jóvenes, y negras para las mujeres casadas; dos largas trenzas de cabellos cuelgan por detrás de la cabeza de las aldeanas, y su corpiño bordado de oro así como su vestido recogido sobre las caderas dan á este traje mucha originalidad. Los hombres conservan tambien el traje del siglo XVII, pero comienza á desaparecer el calzon corto. La especulacion se introduce en las costumbres de estos aldeanos, y de aquí á poco tiempo quizá habrá manufacturas en el país. En el día solo se encuentran las casitas rústicas con techumbre de paja, cuya sala baja está convertida en taller. La paja entra allí preparada, y sale trasformada en sombreros que se llevan los traficantes para despacharlos en los grandes mercados y en las ferias de sombreros de paja. Estas últimas son muy importantes; se hacen en ellas grandes negocios, al mismo tiempo que acuden de todos los puntos del país los aldeanos para renovar sus sombreros.

La fabricacion se divide en cuatro partes: la preparacion de la paja, el tejido, la reunion de las listas tejidas por medio de costuras, y el charolado de los sombreros. La paja mejor es la del trigo. El cultivo de esta paja exige un cuidado especial. Se siembra el trigo en colinas expuestas al Mediodía, y le arrancan de la tierra antes de que haya llegado á su completa madurez, si bien el grano debe tener ya una consistencia lechosa.

Se tiene cuidado de quebrar la paja encima del último nudillo, y se extiende durante algunas semanas en el suelo para que se seque. Para blanquear la paja la someten simultáneamente á la accion del sol y del rocío. La operacion mas difícil es la del azuframiento, pues un descuido puede producir en la paja manchas negras que es imposible hacer desaparecer. Esta operacion se hace en una caja, en la cual ponen azufre y un brasero lleno de carbon. Finalmente, abren las pajas con un instrumento guarnecido de hojas y armado hácia su extremidad de una punta que se introduce en la paja.

Las mujeres confeccionan el tejido, operacion que hacen á las puertas de las casas, en los campos, y aun guardando ganado. Las listas tejidas pasan entonces por un laminador, y luego se entregan a las mujeres mas hábiles que las reunen y las dan la forma que les piden. Reina una gran actividad en estos talleres; la cantidad de sombreros vendida anualmente es muy importante, y por esto el país se halla en un estado muy floreciente.

G. J.



TALLER DE FABRICACION DE LOS SOMBREROS DE PAJA EN TRIBERG (Wurtemberg).



LA FERIA DE LOS SOMBREROS DE PAJA.